

# EL PEQUEÑO ADOLF

## Y LOS DEMONIOS DE LA MENTE

EL JOVEN  
HITLER I



Javier Cosnava

La Saga de “El Joven Hitler” está formada por 5 novelas, todas ellas autoconclusivas pero con un mismo hilo conductor para poderlas seguir de forma consecutiva:

- 1-EL PEQUEÑO ADOLF Y LOS DEMONIOS DE LA MENTE
- 2-HITLER ADOLESCENTE 1889-1903
- 3-HITLER, VAGABUNDO Y SOLDADO EN LA GRAN GUERRA 1904-1918
- 4-HITLER Y EL NACIMIENTO DEL PARTIDO NAZI 1918-1938
- 5-HITLER 5, LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, AÑO 1939

Javier Cosnava

# **El pequeño Adolf y los demonios de la mente**

El joven Hitler 1

Casi todos los libros de Cosnava son gratuitos.

Pero el autor debe poner algún libro de pago para  
poder ganarse su sustento y poder seguir creando historias.

Por ello, siempre que puedas y tu economía te lo permita,  
compra un libro del autor.

De esta forma, la rueda sigue girando...

GRACIAS

Segunda edición digital: Mayo, 2014

Título original: *El pequeño Adolf y los demonios de la mente. El joven Hitler 1*

© 2014 Javier Cosnava

© De la portada, Javier Cosnava

© Diseño y maquetación: James Crawford Publishing

**Contacto: [jamescrawfordpublishing@gmail.com](mailto:jamescrawfordpublishing@gmail.com)**

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

## **Nota inicial**

Esta novela trata de dar a conocer la génesis de un monstruo como Adolf Hitler buceando en sus ancestros y, en particular, en la vida de su padre.

Porque los monstruos, en contra de lo que comunmente se piensa, no sólo nacen. También se hacen. Para explicar el cúmulo de causas que convirtieron a Hitler en lo que fue (tanto a nivel de sus valores raciales, morales e incluso de su visión de la mujer) he construido una novela muy dura. Sin esa dureza, la personalidad de Hitler y sus acciones posteriores no se podrían entender.

Un millón de descargas digitales ha alcanzado ya esta saga. ¿Te atreves a ser el siguiente lector de esta increíble historia?

## Reseñas

A las almas sensibles les costará digerir esta historia si es que se atreven con ella (...) La capacidad de Javier Cosnava para trasladarnos a esa época e introducirnos como espectadores en la mente de un ser tan despreciable me ha parecido magnífica (...) Un modo muy personal de contar la historia y las palabras justas se aúnan para hacernos hervir la sangre, y eso, señores, es talento.

**(Anika entre libros)**

La redacción es perfecta y hecha para aumentar las emociones del lector hasta rebasar la copa (...) Javier deja en vilo a sus seguidores hasta el mismísimo final.

**(Eva Rubio. Web Juvenil y Romántica)**

Se hace corta por el modo en el que engancha (...) La declaración del autor de que es una obra singular y valiente no es gratuita. Me permito añadir que no es una lectura para todos los estómagos, aunque se crean habituados a los horrores.

**(Juan Ángel Laguna Edroso. Web Ociozero)**

La historia más cruda que he leído nunca.

**(Javier Pellicer, Revista ilikemagazine)**

De obligada lectura.

**(Mformarina)**

Hasta ahora, una lectura nunca me había marcado tanto como para provocarme pesadillas.

**(Celia Zaragoza)**

# PRIMERA PARTE

EL MONSTRUO EN POTENCIA



*He cavilado mucho sobre este encuentro,  
que no he contado a nadie.  
Creo haber descubierto la clave.  
El encuentro fue real,  
pero el otro conversó conmigo en un sueño  
y fue así que pudo olvidarme;  
yo conversé con él en la vigilia  
y todavía me atormenta el recuerdo.*

**(Jorge Luis Borges, El Otro)**

## 1.

Él solo era un niño de cinco o seis años. Nada más. Se llamaba Alois Schicklgruber y era el ser más desdichado de la tierra. Estaba solo en el mundo. Todos le odiaban, incluida su propia madre. No sabía por qué.

«¿Por qué me odias, mamá?» pensaba, pero su pequeña cabecita no alcanzaba a entender, y aún menos imaginar la verdad de su desgracia.

Alois estaba subido a una silla, con las pantorrillas cubiertas de verdugones, y su madre, María Schicklgruber, subía y bajaba su vara; la carne se volvía roja, encarnada, hasta que nacían arañazos teñidos de sangre.

—Eres débil, no tienes voluntad —gritaba—. Igual que tu padre.

Pero Alois no tenía padre. Vivían con el abuelo, un personaje distante y taciturno, en la aldea de Strones, en la región del Waldviertel, frontera de Austria con Bohemia. Strones era un mar de bosques y de montañas que acechaban hasta donde se perdía la vista, encorvándose amenazadoras sobre su talle diminuto.

—¡Cobarde! —gritaba su madre, y volvía a alzar su vara.

Alois gemía, incapaz de descender de la silla, de enfrentarse a su torturadora o de poner las manos para frenar el siseo de la vara sobre su piel. Y entonces lloraba, y eso parecía enloquecer aún más a su madre. La vara subía y bajaba. Subía y bajaba.

Se estaba gestando un monstruo que a su vez gestaría a otro monstruo.

## 2.

La verdadera historia de Alois comienza, no obstante, en el otoño de 1846, poco después de que el pequeño cumpliera nueve años. Por aquel entonces, María encontró por fin un hombre al que no le importaba que fuera una madre soltera, ni joven ni bonita, que cargaba con un hijo ya crecido. Johann, un oficial de molinero de los contornos, la desposó un día de tormenta, una jornada aciaga preñada de amenazas. Al poco, Johann se fue a vivir un tiempo a Strones con la familia Schicklgruber, entretanto la pareja buscaba un nuevo hogar en el que acomodarse.

El pequeño llegó a pensar, por un breve instante, que todos aquellos cambios convertirían su casa en un hogar feliz. Tendría, finalmente, un padre y una madre; tal vez incluso una vida normal sin palizas ni moraduras. Sin embargo, llevaba demasiado tiempo recibiendo golpes como para dejarse engañar por las apariencias. Así que no lo hizo y se limitó a esperar que las cosas se torcieran.

No tardaron en hacerlo, aparentemente.

Una mañana de enero, su madre le vistió con una camisa blanca, una chaqueta negra, una gorra también negra y una pajarita. *Cuesta mucho mantener a un inútil y a un cobarde como tú, Alois, le dijo. Nosotros no somos ricos. Vas a irte con el tío Nepomuk a Spitel. El tío Nepomuk, el hermano de tu padrastro Johann, no tiene hijos varones y cree que eso es una desgracia. Pero pronto va a conocerte y pensará que era una bendición de Dios. ¿No es cierto, pequeño cobarde?*

Pero la vida en Spitel resultó ser mucho mejor de lo que nunca hubiera esperado. En primer lugar, apenas había tenido tiempo para instalarse cuando recibieron carta de Strones. Ésta, lacónica, refería que su madre había muerto la noche del segundo viernes posterior a su marcha. Alois, cuando se lo comunicó el viejo Nepomuk, tuvo que contenerse para no echarse a gritar de alegría, para no salir corriendo de la granja voceando lo feliz que era, lo satisfecho que se sentía de que el reinado de terror de aquella puta hubiese terminado. Pero Alois era un chico espabilado, bajó la cabeza y se mantuvo digno y silencioso durante las exequias. Y el tío Nepomuk puso una mano en su hombro y se mostró orgulloso de la templanza del niño.

Alois aprendió a amar al viejo Nepomuk. El tiempo se hizo aliado de ambos, del pequeño Alois Schicklgruber y de Nepomuk “pequeño propietario”, pues el apellido de su tío (que aún no conviene hacer explícito) significaba exactamente eso: pequeño propietario. Sin embargo, el viejo era mucho más que un pequeño propietario rural y tenía una buena y productiva granja, en la que vivieron felices los dos varones junto a Eva, la esposa de Nepomuk, y sus dos hijas, la reservada Walburga y la risueña Johanna. Esta última, le llevaba poco más de seis años y, por tanto, tenía solo quince cuando Alois llegó en 1846 a la granja de Spitel.

Una mañana, al regresar de la escuela, Alois halló a su tío en la entrada de la finca, mirando a la lejanía, acaso hacia algún punto que solo él conocía, entre las montañas. Parecía extrañamente ensimismado, como tocado por un halo de introspección ajeno a su carácter que era por lo general voluble e irascible; pero hoy no. Absorto en alguna cosa, fumaba en pipa y parecía como si su vida entera discurriera ante sus ojos.

Alois intentó pasar de puntillas a su lado, procurando hacer el menor ruido posible para no estorbar las reflexiones del señor de la casa, una figura reverenciada y temida entre aquellas cuatro paredes. Sin embargo, Nepomuk rompió a hablar tan pronto el muchacho estuvo lo bastante cerca como para oírle.

—He conseguido mucho en esta vida, esa es la verdad. Mas, como dicen los filósofos, no importa lo que se consigue sino saber disfrutar de lo que se tiene. ¿No es verdad lo que digo, joven Alois?

Pero Alois estaba ahora petrificado, de espaldas al viejo, detenida su zancada en el aire a un palmo del suelo, y solo pudo balbucir:

—Sí, supongo...

—No supongas, muchacho. Asiente, niega, apasionate, equivócate, no te quedes ahí parado dudando sobre todas las cosas de este mundo. Ahora estás a tiempo de hacer y deshacer, de convertirte en un hombre. Dudar es propio de la mujer. Nosotros somos un género de acción. No importa equivocarse, lo terrible es el pensamiento por el pensamiento, la vacilación, la cobardía. Dime pues, ¿es verdad lo que digo o lo que antes decía? ¿O ninguna de ambas cosas? ¿He alcanzado notables posesiones en esta vida? ¿Debo estar satisfecho, congratularme, ser feliz con lo que tengo? Pero, sobre todo, ¿qué es lo que quieres tú conseguir algún día en la vida? ¿Has pensado en tu futuro?

Alois no sabía qué decir, eran demasiadas cuestiones ocultas tras la aparente singularidad de la pregunta original. Abrió la boca, la cerró, las manos le sudaban. Finalmente, exhibió una sonrisa idiota:

—Yo de mayor quiero ser como usted.

—Yo de mayor no querría ser ni Napoleón III. Esfuérzate un poco más.

—Yo..., señor, querría ser...

—¿Militar, político, granjero como tu tío, domador de animales, feriante, ladrón...?

Nepomuk, que se había vuelto de pronto, le observaba con una expresión retorcida de pequeños y brillantes ojillos negros.

—Yo..., señor, querría ser no lo que es usted sino yo mismo, como hace usted.

Esa respuesta pareció satisfacer a Nepomuk, que se quedó pensativo por un instante.

—No está mal, muchacho, pero es algo demasiado vago. Afina un poco más y podremos entrar en la casa a echarnos algo al buche.

Alois tragó saliva.

—Yo..., señor, tío...

—¿Sí...?

—Yo quiero ser el amo de mi propia hacienda, ser el dueño de mis decisiones y de mi vida, señor; pero si lo que me pregunta es si quiero ser granjero, quedarme al cargo de sus propiedades cuando usted sea mayor o falte, Dios no lo quiera, pues... creo que no. Me gustaría, si a usted le parece bien, aprender un oficio y marcharme a vivir a una gran ciudad: tal vez Viena. No he visto en mi vida más que campo y querría ampliar mis horizontes. Perdóneme si...

—No hay nada que perdonar, Alois. Además, nunca te rebajes a pedir perdón salvo que la causa sea terrible y la justificación imperativa. Eres un hombre y tomas decisiones. Ahora somos dos hombres los que tomamos decisiones en esta casa. Un oficio pues, ¿no?

Nepomuk le dio una palmada en el hombro y soltó una carcajada estentórea y poderosa; Alois le correspondió con una risa temblorosa e infantil.

—¿Qué te parece zapatero, muchacho? Es una profesión digna, bien pagada. Además, ser un buen zapatero, uno bueno de verdad, no está al alcance de cualquiera. Requiere habilidad, tesón, incluso un don natural, he oído decir.

—Me parece bien, tío.

Nepomuk cogió a su sobrino de la cintura y juntos entraron en la casa, unidos por una sensación recién nacida de afinidad y camaradería. Para celebrarlo, Nepomuk ordenó a sus hijas que prepararan un gran banquete, pues iban a festejar que el joven Alois era “casi” un hombre. El viejo repitió y recalcó varias veces el “casi”, guiñando un ojo al muchacho, que sintió que los colores acudían a sus mejillas.

—Bueno, pues está decidido: zapatero habrás de ser —sancionó Nepomuk, terminada la cena, acaso a modo de conclusión.

—Sí, tío.

—Johanna —dijo entonces el viejo, volviéndose hacia una de sus hijas—, sirve una copa de vino al muchacho, pero del bueno, ¿eh? Cuando acabes, dejás a tu hermana recogiendo la mesa y me esperas en la sala de lectura.

—Como ordene, padre —murmuró la joven, alejándose arrastrando los pies.

Nepomuk se marchó también al poco rato, quedando Alois a solas paladeando su primer vaso de vino, con la ocasional compañía de Walburga, que iba y venía llevando y trayendo platos vacíos o limpiando la mesa y el suelo del comedor. Pensaba Alois en Johanna (también en Walburga) e intentaba imaginar, acaso espoleado por el licor, las formas sinuosas que se escondían detrás de sus vestidos, tan castos y distantes a sus ojos hasta aquella misma tarde.

Alois se echó a reír súbitamente, al pensar en todas estas cosas, y soltó por fin una larga y sonora carcajada que, aunque aguda, bien podría rivalizar un día con las de su tío Nepomuk.

Definitivamente, Alois se hacía un hombre.

Y pasaron los años. Los años más felices de la vida de Alois. Fue a la escuela elemental, aprendió más tarde el oficio de zapatero y cuando, recién cumplidos los trece, quiso especializarse en el trabajo del cuero, Nepomuk le pagó el billete y la estancia en Viena.

Fue entonces cuando el viejo hijo de puta mostró su verdadero rostro.

### 3.

Era de noche, tal vez la noche anterior a la marcha de Alois a Viena, tal vez un par de noches antes. El muchacho caminaba solo por la casa, hablando (discutiendo) con Piotr, uno de sus amigos imaginarios. Alois ni siquiera recordaba con claridad cuándo nacieron sus tres amigos (pues eran tres) ni cómo se habían ido poco a poco apoderando de sus momentos de ocio, de sus días y de sus noches. Siempre que Alois lucubraba alguna idea, se detenía abstraído al final de una clase, o caminaba a solas por el altozano..., siempre, inevitablemente, acudía a su encuentro uno de aquellos seres nacidos de su imaginación. Ahora hablaba Piotr, el primero de ellos, una entidad cálida y afectuosa, que se hacía fuerte entre los pliegues de su alma con cada lectura a la luz de la luna, con cada abrazo de su tío, con cada caricia de sus primas.

Piotr le hablaba de la bondad que habitaba en los corazones de los hombres, del amor que se profesaban Alois y Nepomuk, de la vida sencilla pero feliz que tendría cuando acabase sus estudios en Viena, de esa buena mujer que encontraría en un futuro cercano y que sabría darle unos buenos hijos varones.

Alois no quería escuchar a Thomas, tampoco a Joseph, sus “otros” dos amigos. Aunque por entonces Joseph apenas existía: se hacía llamar siempre Thomas y solo se desdoblaba raramente. Aquella tríada de monstruos imaginarios había nacido en la aldea de Strones cuando la puta de su madre le golpeaba las pantorrillas con la vara (*arriba y abajo, ¿recuerdas, maldito inútil?*). Desde entonces, el perro engreído de Thomas le hablaba de la maldad de los hombres, de que debía sobrevivir el más apto. ¿No lo había dicho Darwin? En realidad no, aún faltaban algunos años para que dijese algo productivo. ¿O fue Lamarck? No importaba, porque ese perro engreído de Thomas chillaba dentro de su cabeza: *el progreso es obrar contra Dios y contra las normas de la sociedad. Que sobreviva el más ladino, el mejor. Meteos la bondad en el culo, adalides de la gran nación Austrohúngara.*

Pero Thomas había sido vencido. Alois se tapaba los oídos cuando el otro hablaba (era un gesto de rechazo solamente, ya que la voz resonaba, como se ha dicho, dentro de su cabeza) y le hacía muecas a su propio rostro cuando pretendía ser Thomas. Porque sabía que, si Thomas vencía, Alois sería devorado; y entonces el monstruo decía: “yo soy Thomas y tú, Alois Schicklgruber, no eres nada.”

Por eso amaba a Piotr, porque le dejaba ser, le dejaba existir y nunca chillaba. Piotr nunca chillaba.

Pero todo eso se terminó aquella noche en la que paseaba solo por la casa de Spitel, a oscuras, tanteando distancias sobradamente conocidas, ponderando el paso del tiempo y la medida de sus propios sueños. Fue entonces cuando oyó las voces, los jadeos, en la sala de lectura.

La sala de lectura era el reino privado del viejo Nepomuk. Al fin y al cabo, su tío era hijo de su tiempo, protector de la esposa y de su parentela, recibiendo a cambio una ciega obediencia. Y Nepomuk se encontraba a sus anchas en su papel de rey, señor, administrador y fornicador de sus posesiones. Alois sabía que se acostaba con dos criadas de la casa, y que se acostaría con la tercera en cuanto menstruase, lo cual no debería tardar en suceder demasiado, pues la muchacha contaba ya once años. Todo aquello le parecía al niño algo justo y razonable, una contraprestación acorde a los muchos desvelos de Nepomuk para con los suyos. En realidad, a veces la imaginación le llevaba a proyectarse en el futuro como el señor de una granja, con la servidumbre femenina apiñada en el sótano esperando su visita o vistiéndole en la mañana con su chaqueta y su pantalón largo.

Porque no todo debían ser obligaciones para el señor de la casa, y este, más que nadie, necesitaba de un espacio privado para sí mismo, un espacio donde ninguna mujer tuviera acceso a menos que fuera previamente invitada. Muchos señores hacían llamar despacho o sala de billar a este espacio propio, pero Nepomuk, que amaba los libros y los mundos que habitaban en ellos, había escogido el nombre de sala de lectura, aunque apenas hubiera dos docenas de libros en toda la estancia, apilándose desordenados en un único estante. Su esposa, Eva, una sombra que apenas salía de sus estancias ni se hacía ver en la casa, no se atrevía a entrar en la habitación de su hombre ni a llamar siquiera con aquellos nudillos mortecinos que coronaban sus manos huesudas, palpitantes; y todavía menos si oía gemir a alguna de las chicas del servicio tras la puerta. Sin duda debían estar entregados a una lectura turbadora y no apreciarían que les interrumpiesen.

Por todo ello, cuando Alois Schicklgruber oyó esos mismos gemidos provenientes de la sala de lectura, su primer pensamiento fue el de abandonar aquel estéril paseo nocturno y volver a sus habitaciones, pero la puerta estaba entreabierta y... bueno, habremos de suponer que la natural curiosidad de los jóvenes hizo el resto.

Pero seguramente el bueno de Alois no estaba preparado para la visión de Johanna, la hija de Nepomuk, puesta en cuclillas junto a uno de aquellos sofás tapizados Biedermeier, mordiéndose los labios para que sus gemidos no se tornaran grito, mientras el viejo Nepomuk la ensartaba con expresión absorta, apartando con una mano el miriñaque, en lucha

desigual con las enaguas de campana, dejando escapar un rugido de satisfacción cuando por fin terminó por derramarse sobre el suelo de su espacio privado: la sala de lectura.

Y Nepomuk levantó los ojos y vio a su sobrino Alois boquiabierto en la entrada de su santuario. Se echó a reír, pues es bien sabido que los jóvenes, que se jactan de no sorprenderse de nada, ponen unas caras la mar de divertidas cuando una persona adulta consigue asombrar sus pequeñas almas.

—Alois, muchacho, pasa, pasa... Precisamente quería hablar contigo.

Debió entrar, pasar y sentarse a la mesa junto a su tío. Debió hacerlo, aunque no lo recordara, porque de pronto estaba al lado de Nepomuk, contemplando como este encendía el tabaco de su pipa y le ofrecía una nueva pipa (ya cargada) para él.

—¡Cógela, demonios, muchacho!

Alois cogió la pipa, la sopesó, la olisqueó y dejó que Nepomuk la encendiera. Una voz se elevó entonces a su espalda. Era Johanna.

—¿Puedo irme, padre?

—Tú calla, maldita sea. Y limpia el suelo de todas esas babas. Cuando termines, te sientas en el sofá en silencio y esperas.

—Sí, padre.

Nepomuk abrió la boca para decir algo más, esta vez en dirección a Alois, pero dudó y volvió a encender su pipa, que ya estaba encendida. Esta muestra de nerviosismo desarmó por completo al joven Schicklgruber, pues supo que, fuera lo que fuese aquel asunto que iba a tratarse, debía ser algo terrible si podía incomodar a alguien como su tío.

—Hace tiempo debería haberte explicado una cosa, muchacho; pero primero no supe cuándo ni cómo hacerlo cuando murió tu madre, luego pasaron los años y... terminé diciéndome: “¿a quién demonios le importa?”. Bueno, el caso es que debería habértelo dicho antes.

Y este fue el preámbulo de la historia de Nepomuk, de un relato que versaba acerca de quién era el padre verdadero de Alois. Pero Alois hubiese preferido no enterarse jamás o, al menos, no enterarse de aquella forma, con la habitación apagándose bajo la neblina del tabaco; con su prima Johanna haciendo como que no escuchaba, con la cabeza gacha, esperando sentada en el sofá Biedermeier; con el rostro de su tío desgranando recuerdos de otras personas, de personas que no se atrevieron en vida a explicarle la verdad, la verdad que ahora aprendería de labios de terceros.

Pero así fue como supo que su madre, María Schicklgruber, había sido violada por un deficiente mental de Strones a la edad de cuarenta y dos años. Un muchacho débil y apacible, inútil y cobarde durante toda su vida..., o más bien toda su vida excepto aquellos minutos que se quedó a solas con María en el granero.

Nepomuk exhaló una gran bocanada de humo y prosiguió su historia.

Lo curioso fue que el abuelo Schicklgruber prohibió a María abortar. En este punto Nepomuk miró a su propia hija, Johanna, y quiso plantear una hipótesis. Según él, llevaban muchos años solos en aquella granja ridícula de aldea el abuelo Schicklgruber y María; ella tenía una edad más que respetable y no habían conseguido tener hijos. Desde luego, el abuelo llevaba fornicando con su niña desde los doce años, año arriba o año abajo, o sea que ya había renunciado a la idea de tener más descendencia cuando aquel incidente le dio la oportunidad de tener a un renacuajo corriendo por la casa. Alguien que le entretuviera en la vejez.

Nepomuk exhaló una nueva bocanada y sonrió con una enorme mueca de dientes ennegrecidos por mascar hoja de tabaco.

Aunque claro, prosiguió, también podía ser que quisiese castigar a María por alguna cosa; por no fornicar lo bastante bien (las propias hijas eran unas putas pésimas, a juicio de Nepomuk) o por ser tan fea que no consiguió en su juventud un marido en condiciones y tuvo que casarse, al final de sus días, con ese imbécil desarraigado oficial de molinero llamado Johann “pequeño propietario”, su hermano.

Y el viejo terminó aquella historia con una profunda calada a su pipa, una tos seca... y miró fijamente a Alois, miró a través del odio del muchacho y del suyo propio, y se dio cuenta que aquel pequeño odio visceral de adolescente nada podía frente al gran odio putrefacto que guardaba dentro de su cansado corazón.

—Sé que esa jodida ramera de tu madre te pegaba. Vimos las marcas en tus piernas. Un día fui a ver a mi hermano a Strones y fornicamos con esa zorra hasta que no pudo ni tenerse en pie. Luego le di una paliza con el atizador de la chimenea y me quedé muy relajado, si he de serte sincero. Entonces le aconsejé a mi hermano que repitiese esa ceremonia de cuando en cuando, para que a la zorra no se le olvidase quién manda en la casa, o por si algún niño pequeño volvía a caer en sus manos y tenía de nuevo tentaciones de coger una vara. Me consta que una de esas veces se le fue la mano y... ya sabes, tuvimos que enterrar a María al poco de llegar tú, muchacho.

Y Nepomuk siguió hablando. Le dijo a Alois que le gustaría que, más adelante, cambiase su apellido (Schicklgruber) por el suyo (“pequeño propietario”) y que, con los años, cuando él faltase, era su deseo que heredara la granja de Spitel. Pero Alois ya no escuchaba, pensaba solo en que era hijo de un deficiente mental y violador, que su madre le había pegado por ello durante todos esos años, que cometía incesto con el abuelo y que la había matado a golpes su padrastro Johann “pequeño propietario”. Demasiadas ideas, demasiadas sensaciones fluyendo demasiado rápido. Demasiado para un niño de trece años.

Alois quedó en silencio. Alois estaba anonadado. Su pipa yacía de lado en su mano derecha, apagada, con el tabaco a punto de derramarse sobre sus zapatos nuevos.

—Vamos, muchacho. No pongas esa cara. Aquí esta Johanna para animarte. Está vestida como una señora. ¿No la ves? Es que odio que una zorra vista como una puta barata, con poca clase. Una mujer debe joder con su vestidito y sus complementos. ¡Estilo y maneras, muchacho! Hay quien nace con ellas y hay quien no, sencillamente.

Nepomuk le llevó hasta el sofá Biedermeier. Johanna levantó los ojos y les miró a ambos. Nunca jamás vería Alois unos ojos más tristes.

—Abre la boca, muchacha. Parece que haya que decírtelo todo.

Alois seguía inmóvil. Su tío lanzó un bufido de cansancio, le bajó los pantalones y sacó personalmente el pene de Alois, depositándolo en los labios de su hija.

—Menuda juventud tenemos hoy en día.

En el reloj sonaron las doce. Nepomuk era un hombre de costumbres. Después de las doce nadie le vería rondar por la casa. ¿Qué iban a pensar de lo contrario los vecinos?

—Ah, una cosa, Alois. Cuando tengas que correrte no vayas a hacerlo en la vagina de la muchacha. Al fin y al cabo, está en edad de casarse, tiene casi veinte años y ya tengo atado el asunto con ese imbécil de Poelzl. Así que, cuando llegue el momento, lo haces en su lengua o en su cara o incluso en su ano, donde te parezca, pero no me la dejes preñada.

Y el viejo Nepomuk abrió la puerta de su sala de lectura y les dejó a solas. Llevaba en la mano su pipa e iba silbando una canción de moda. Él era el señor de la casa. La razón estaría siempre de su lado.

Así fue la primera experiencia sexual de Alois Schicklgruber. Al compás del miriñaque de su prima, viendo subir y bajar las enaguas de campana, con dos gruesas y ardientes lágrimas resbalando por las mejillas de ambos.

## 4.

Los siguientes cinco años en Viena pasaron en un suspiro. Alois aprendió cuanto estuvo en su mano de aquellos tiempos de transición en que la nación absolutista austriaca caminaba hacia el estado plurinacional que pronto habría de ser. Poca cosa. Entretanto, el emperador Francisco José estuvo a punto de morir a manos del terrorista húngaro Libenyi y el Papa Pío IX, en la *Bula Ineffabilis* del ocho de diciembre de 1854, declaró que la Virgen María estaba exenta del pecado original e instituyó ese mismo ocho de diciembre como onomástica para la madre de Jesucristo. Se sentaban las bases de un mundo en que las mujeres no serían violadas en el seno del hogar y acaso empezaban a vislumbrarse sus primeros derechos fundamentales.

Pero todo lo anterior a Alois le traía sin cuidado. Pocas cosas le importaban ya. Apenas pasaba el tiempo imprescindible en Spitel y tardaría décadas en volver a cruzar más de dos o tres frases seguidas con su tío Nepomuk. El viejo, sin embargo, siguió amando a su sobrino, pagando sus cuentas y tragándose sus silencios. Él también había sido joven, y los jóvenes siempre tienen extrañas ideas en la cabeza. Nepomuk no se sentía capaz de juzgarle. Además, Alois era un hombre y un hombre no necesita que nadie lo juzgue.

En 1855, Alois Schicklgruber abandonó el oficio de zapatero para el que venía preparándose al conseguir un puesto en el Ministerio de Finanzas, aprovechando un plan para la contratación de oficiales de nivel inferior, la mayoría llegados a Viena desde las zonas rurales. Tenía dieciocho años. Su padrastro, Johann “pequeño propietario” murió ese mismo año. A Alois le trajo también sin cuidado este nuevo contratiempo. Para él, aquel hombre era un impostor. Su padre natural era un deficiente mental. Su padre político (Johann el molinero) era un don nadie que había asesinado a su madre natural a base de propinarle brutales palizas, incluso aún más brutales de las que el mismo Alois había recibido de su madre en el pasado.

Ya nada que tuviera que ver con el pasado podría jamás satisfacerle.

A partir de ese momento, la carrera del joven funcionario Schicklgruber bien podría considerarse meteórica. Tuvo que aplicarse y vaciar su mente de todo lo que no fueran sus obligaciones laborales. No le fue difícil, pues Alois aspiraba a olvidarse de sí mismo, de ese pasado ingrato y terrible, de su madre María, de Nepomuk... de todo. Con veinticuatro años fue ascendido a Supervisor, con veintisiete entró en el Servicio Imperial de Aduanas, consiguiendo luego el puesto de Oficial con treinta y tres años recién cumplidos. Un año más tarde, consiguió plaza en la ciudad de Braunau y al poco tiempo, conoció a Ana Glassl.

Los Glassl eran una familia importante en Braunau y, en particular, entre el funcionariado de la ciudad. Ana tenía cincuenta años, era viuda, hija adoptiva de funcionario y tenía ya muchos achaques. Aquel fue un matrimonio de conveniencia. Alois cargaba con la antipática y casi inválida Ana Glassl y el preciado cargo de Inspector de Aduanas sería suyo. Lo consiguió con treinta y ocho años.

A los dos meses de matrimonio, la voracidad de Alois no había menguado, y aún codiciaba puestos todavía superiores en la administración, por lo que se presentaba voluntario para todas las tareas, trabajaba sin descanso y se había ganado una merecida fama de hombre cumplidor y voluntarioso entre sus superiores. Pronto, presumía, volverían a ascenderle. Además, todo el tiempo que pasaba fuera de casa, era un tiempo que no debía pasar (o perder) con su estúpida esposa, una pobre vieja e incapaz de la que ya se había cansado por completo, si es que alguna vez Anna Glassl había despertado en él o en algún ser humano el menor interés.

—¿Señor? —la sirvienta le distrajo por un momento de sus ensoñaciones. Era menuda, castaña, de piel muy clara. Una adolescente muy atractiva, a decir verdad.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

Aquella mocosa le estaba mirando. Llevaba una bandeja de licor y esperaba con la cabeza gacha, pero no dejaba de mirarle de reojo. Alois, por un momento, no comprendió muy bien lo que sucedía. Él estaba sentado en un sillón. Era tardísimo, otra vez hasta las tantas trabajando y otra noche que llegaba de madrugada a la fonda donde había marchado a vivir tras su matrimonio. Y luego, ah, sí, una cena copiosa, había pedido una copa y... sí, sí, seguramente se había quedado transpuesto y ahora aparecía la sirvienta con la bebida. Alois se desperezó.

—¿Me traes mi Schnaps?

—Sí, señor Schicklgruber.

—De acuerdo. Ponlo ahí, sobre la mesa.

Decididamente, una joven bonita, con unos labios carnosos y unas caderas redondas, que se contoneaban al inclinarse sobre la mesa de una forma tan cándida y a la vez tan excitante...



—¿Algo más, señor?

—Nada, en realidad, pero podrías sentarte a mi lado si te apetece. No creo que a estas horas tengas nada que hacer.

La muchacha esbozó una sonrisa, pero negó con la cabeza, rechazando la invitación. Aunque era una cosa cierta que no tenía nada que hacer (la dueña de la fonda le había hecho levantarse del lecho exclusivamente para atender a aquel cliente que “llegaba siempre a horas tan intempestivas”), también era verdad que tenía miedo de aceptar y aparecer a ojos del señor Alois como una fresca, una chica facilona. El hecho de que deseara ansiosamente sentarse al lado de un hombre tan atractivo no hizo más que reforzar la impresión de que debía negarse, y volvió a menear la cabeza aún con más decisión.

—Vamos, muchacha.

—Es que es muy tarde...

—Por favor.

—No debería, señor.

—Pues dime al menos cómo te llamas. Sería una pena irme a dormir esta noche sin conocer el nombre de una chica tan bonita.

Sin saber por qué, la joven se echó a reír como una tonta.

—Me llamo Franziska Matzelberger, es decir... todos me llaman Fanni —dijo al fin, levantando la vista hacia aquel hombre tan galante.

—Y ahora que ya nos hemos presentado, ¿no crees que sería una desconsideración por tu parte rechazar mi oferta y dejarme terminar mi cena a solas, sin la compañía de Fanni, la muchacha más dulce y linda de Braunau? Me he pasado el día entero en un despacho, detrás de un montón de papeles, y estar a tu lado será sin duda la única cosa interesante que me pasará hoy, tal vez en todo el mes.

Fanni se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir. Se sentó al cabo, todavía en silencio, anonadada por las palabras de aquel hombre tan culto e inteligente que, de forma incomprensible, parecía dispuesto a cubrir de halagos a una pobre campesina como ella.

—Es usted todo un caballero, señor Alois —dijo entonces, en un tono que era más de arrullo que de voz humana.

—Todo caballero tiene la obligación de serlo en presencia de una dama —apuntó Alois.

—Oh, yo no soy una dama.

—Claro que sí, linda muchacha; una dama por naturaleza, una dama sin duda más distinguida que otras que los son de nombre y de estirpe, pero se les escapa su condición grosera y mundana. Nada que ver contigo, que a distancia se ve que eres una mujer suave y dócil como los propios ángeles.

A Fanni no se le escapaba que Alois pretendía seducirla, que sus palabras nacían de ese designio y no de un razonamiento objetivo. Sin embargo, era el discurso (referido a su persona) más gentil y hermoso que nunca había oído, y era lo bastante inteligente para entender que probablemente sería el discurso más gentil y hermoso que oiría jamás. Su destino era casarse con un obrero, un labrador o un sirviente, no con un caballero como aquél. Nada perdía con dejarse llevar por la ensoñación de convertirse un día en la dama que Alois proclamaba que era ya por naturaleza, significara lo que significase una afirmación semejante.

—No sé si creeros.

—Deberíais —insistió Alois—. Nunca en mi vida hablé más en serio. Sois una mujer preciosa... preciosa como ninguna otra.

—Oh, por favor, no me digáis más esas cosas o, de lo contrario...

—¿De lo contrario qué, dulce niña?

Cuando la mano de Alois encontró su rodilla y empezó a reptar por su muslo, apartando un pliegue de tela tras otro mientras se aceleraba su respiración, Fanni suspiró y se limitó a cerrar los ojos.

Y así, sin más, con una inmediatez y una naturalidad que satisficieron al hombre y desconcertaron a la muchacha, se convirtieron en amantes.

Poco después, la primera semana de julio de 1875, Alois se apercibió que era un triunfador. Tenía un sueldo, una categoría y una posición social que pocos le hubieran augurado dos décadas atrás. Vivía en una fonda, Gasthaus Streif, rodeado de comodidades y de su propia sala de lectura, una habitación extra que acababa de alquilar a la dueña para su “uso personal”. Estaba casado con una vieja a la que apenas dirigía la palabra y mantenía unas más que satisfactorias relaciones sexuales con la niña de catorce años Fanni Matzelberger, una sirvienta que lo idolatraba, que veía en él a un gran señor que se había fijado en ella (“yo, una pobre chica de aldea que no valgo nada”) por uno de esos azares imprevistos y maravillosos del universo.

Alois era feliz. Todo lo feliz que se permitía ser.

## 5.

La felicidad depende, en cualquier caso, del punto de vista de cada uno. Mientras Alois se jactaba de sus logros, los estados europeos se relamían las heridas y, no habiendo conseguido librarse de las guerras, concluían sus procesos de reunificación. Así la Alemania de Bismarck, que le acaba de arrebatarse territorios al imperio Austrohúngaro, derrotando sucesivamente a este y a las tropas francesas de Napoleón III que, en realidad, nadie tenía bien claro que se le había perdido por allí. Pero al poco de estos sucesos, Austria y Alemania volvían a ser aliados y los dos emperadores (el austriaco Francisco José y el alemán Guillermo I) iban cogidos de la mano con el emperador Ruso Alejandro II, que nadie tenía tampoco nada claro lo que se le había perdido en aquella entente (Dreikaiserbund).

A nivel nacional, el imperio Austrohúngaro seguía siendo el hervidero de nacionalismos que siempre había sido. El emperador Francisco José insistía en ser el padre de la patria y nunca quiso identificarse con ninguna nación en particular. Consiguió con ello que a lo largo y ancho de su reino (Austria, Bohemia, Moravia, Eslovenia, Carniola, Istria y Galitzia, por un lado; y Hungría, Transilvania, Croacia, Eslavonia y Fiume por el otro) le odiaran por igual: alemanes, checos, polacos, rutenos, eslovenos, italianos, croatas y serbios. Sobre todo, cuando a partir de 1867, se promulgó una nueva constitución que declaraba la igualdad de todos los pueblos y nacionalidades. Y es bien sabido que nada desata más odios y enfrentamientos que la igualdad.

Fueron también aquellos los años en que las doctrinas pangermanistas comenzaron a cobrar fuerza una vez más, y muchos pensaban que, tarde o temprano, los alemanes residentes en Austria y Alemania habrían de formar una sola nación. Lo que algunos no tenían claro, era si los alemanes austriacos y los alemanes de Alemania serían tan iguales y se odiarían tanto como las muchas nacionalidades del Imperio Austrohúngaro.

Y por último, fueron los años de Darwin, de la evolución del hombre y de las especies, y los monstruos que habitaban la cabeza de Alois volvieron a saltar a la palestra (nunca se habían ido) proclamando que Thomas era, en verdad, Thomas H. y Joseph era, en realidad, Joseph G., y la personalidad del ya no tan joven señor Schicklgruber se fue ranciando bajo los auspicios de aquellos demonios, y vio como se convertía en una caricatura del viejo Nepomuk, fumando en pipa de la mañana a la noche, fornicando con jovencitas, rey de la casa, agrio, racista, inhumano.

¿Cómo un ser humano puede ser inhumano?

Nunca lo sabría. Y Piotr K., el espíritu benévolo que completaba la tríada de fantasmas que habitaban su mente enferma, lloraba todas las noches su dolor por el ser en el que Alois se estaba transformando. Pero ya nadie le escuchaba.

## 6.

Una carta del tío Nepomuk le sacó de su ensimismamiento. Con el tiempo, Alois llegó a comprender que, si hubiese seguido siendo así de feliz, de callada, asquerosa y maniqueamente feliz... habría acabado por volverse loco. Pero aquella carta le devolvió a la realidad de su miserable existencia.

En su misiva le explicaba el viejo que la hija de Johanna (aquella muchacha con miriñaque con la que Alois había perdido la virginidad) y el bendito estúpido de Poelzl, es decir, su prima segunda Klara Poelzl, se había hecho mayor en la granja de Spitel, tan mayor como que había cumplido ya dieciséis años y se la ofrecía como criada. En la carta, veladamente, se insinuaba que Nepomuk ya no estaba tan fuerte ni tan bien de salud como antaño y que un joven inteligente y ambicioso se quitaría de una vez (literalmente: de una jodida vez) aquel maldito apellido Schicklgruber por el de la familia de Nepomuk: “pequeño propietario”. Salvo que, claro está, ese joven no quisiera heredar la granja de Spitel (toda una fortuna) y prefiriera que el tío Nepomuk se la entregase a uno de sus perros de caza (lo que el viejo tenía bien claro es que antes de dársela a cualquiera de sus dos hijas, Johanna o Walburga, *prefería cortarse las pelotas*; afirmación, esta última, que también reproducimos literalmente).

Alois aceptó de buen grado ambas proposiciones. La primera, la de hacerse cargo de la joven Klara Poelzl, le pareció cuestión que debía resolverse sin tardanza, y así, tan pronto la niña llegó de Spitel, la llevó a la sala de lectura, la vistió con un largo vestido de noche, enaguas de campana y miriñaque, la hizo arrodillarse junto a un sofá Biedermeier (le había costado encontrar uno, pues ya estaban pasados de moda) y la sodomizó por tres veces antes de echarse una corta siesta. El tío Nepomuk tenía razón en su carta: era de esas zorras que chillaban y se removían como culebras desquiciadas cuando les hacías sangrar por el ano.

La segunda proposición, la de cambiarse de una vez su jodido apellido Schicklgruber, se la tomó con más calma, no porque no quisiera llamarse “pequeño propietario” o porque le trajese sin cuidado todo el asunto de la herencia (como le traía sin cuidado la situación política en su país o en Europa o como le trajo sin cuidado la muerte de su madre o de su padrastro), sino porque no quería que Nepomuk pensase que se cagaba de miedo ante la perspectiva de que la muerte le sobreviniese al anciano sin cumplir Alois su parte del codicilo testamentario (cambiarse de apellido) y perdiendo por ello sus derechos sobre la granja.

Lo cierto es que estaba cagado de miedo, pero el orgullo le hizo esperarse casi todo un año para iniciar las gestiones, buscarse un buen notario en Weitra y pagar unos testigos de Strones que dieran fe de que Johann “pequeño propietario”, el hermano de Nepomuk, murió clamando al cielo: *quiero reconocer la paternidad de mi hijo Alois*. Ahora solo le faltaba personarse con el protocolo de legalización ante el párroco de Döllersheim y concluir con aquel farragoso asunto del cambio de apellido.

La mañana de su partida, Alois decidió que en aquella excursión se haría acompañar por Klara y dejaría de lado tanto a su esposa como a Fanni, su amante ocasional (y todavía su sirvienta en la fonda de Gasthaus Streif). Las razones eran varias. Anna, su esposa, estaba como siempre demasiado enferma para atreverse con un viaje como aquel y ni siquiera había mostrado la menor voluntad de levantarse del lecho, tanto menos de iniciar lo que para ella sería más odisea que un viaje de placer. Respecto de Fanni, sencillamente había perdido, a ojos de Alois, la pátina de frescura y de novedad que tanto le atrajo tiempo atrás. Ahora era solo una parte más de su vida, una fuente de quebraderos de cabeza, de obligaciones, de besos a escondidas, de ruegos, de exigencias. No, definitivamente, Fanni ya no era un adorno satisfactorio sino una rémora, otro estorbo, pero, sin embargo, era algo suyo, como Anna, como Klara...: las tres eran suyas y eso ya no podía cambiarse. Le pertenecían y él podría disponer de ellas como gustase. Y ahora quería disponer de Klara. Ni más, ni menos.

Mientras se vestía en su habitación, en el piso superior, Anna le miró tristemente desde el lecho. *Pálida, demacrada, coja..., parece una puta alma en pena*, pensaba su amante esposo. Alois apenas le devolvía una mirada sino era para compadecerse de ella. Por suerte, Anna solía preferir echar una ojeada a través de la ventana, soñando con compartirse en un ave fabulosa e ir en busca de la unidad con el buen Dios. A juicio de Alois, estaba tardando demasiado ese buen Dios suyo en ir a buscarla para ponerla a su diestra, en el sitio de las cojas.

—¿Tardarás mucho en volver, Alois?

—Lo justo y necesario —repuso este, con voz de “déjame en paz, maldita tullida chismosa”.

—¿Y eso cuánto es? ¿Un día, dos, cinco?

—Eso es lo que a mí me salga de los cojones.

Se hizo el silencio. Alois continuó abrochándose la camisa como si tal cosa y Anna volvió la cabeza hacia la ventana, donde una pareja de aves se elevaba hacia el mediodía, robándole destellos a la mañana.

—Nos hemos casado, Alois —dijo, con la voz cargada de desprecio—. Vivimos juntos. Tratamos de guardar las apariencias; al menos yo lo hago y no me acuesto por los rincones con jovencitas. Creo, de todas formas, que este matrimonio nos otorga, a ambos, diversas ventajas de índole personal o profesional..., por eso acordamos desposarnos. Yo tengo a quien me cuide y vele por mí, y tú tienes ese puesto que tanto ansiabas en el Servicio Imperial de Aduanas. Pienso que nuestro acuerdo se basa en ese status quo. No creas que puedes tratarme como a una mierda o desatenderme solo porque estoy impedida, porque, de hecho, es a causa de que estoy impedida por lo que me casé con un hombre como tú, un asqueroso gusano trepador que no ha hecho nada de provecho en esta vida más que lamer culos. Recuerda, en cualquier caso, que mis hermanos te colocaron en el cargo que ahora ostentas y que pueden arrancarte de él si les place, porque los culos que ellos lamen están bastante más arriba en la escala de culos que deben ser lamidos, y tu lengua de patán de provincias ni siquiera puede imaginar cuantas genuflexiones hay que hacer para alcanzar el rango de lamedor de culos de esos dignos prohombres de nuestra gran nación Austrohúngara —Anna Glassl hizo una pausa para aclararse la garganta con un vaso de agua que cogió de su mesilla de noche y se llevó a la boca con frialdad. Alois, anonadado, permanecía inmóvil: la mano izquierda sobre el nudo de la corbata y la derecha en el aire, petrificada. Anna prosiguió por fin: —Todo esto te lo explico para que seas consciente que la próxima vez que me hables de esa forma o me grites o vuelvas a cometer adulterio de forma tan evidente delante de mis propias narices con esa sirvienta o con tu prima la aldeana, llamaré a mis hermanos para que me saquen de esta fonda y me lleven lejos de ti, y a ti lejos de Braunau, de tu puesto en el Servicio y de la vida regalada de patán lame culos que ahora llevas.

Se hizo un segundo silencio, esta vez mucho más largo y revelador. Alois tragó saliva un par de veces, maldijo a la tullida para sus adentros, divagó por un momento con la deliciosa idea de partirla esa boquita sucia suya a bofetadas y al cabo comenzó a serenarse, pensando en las indudables desventajas de perder los nervios en una situación como aquella. Con manos temblorosas de ira, Alois terminó de anudarse la corbata, se puso la chaqueta y se inclinó sobre Anna, que seguía en el lecho, vuelta hacia la ventana.

—Querida esposa, me marchó ya. Pero no debes preocuparte: volveré pronto —Alois dudó por un momento y añadió: —¿Necesitas alguna cosa antes de que me vaya o tal vez quieres un recuerdo típico del pueblo que podría traerte a la vuelta, mi amor?

—De momento no, esposo mío. Gracias. Que tengas un buen viaje.

—Hasta pronto, querida.

Alois salió de la habitación con el rostro encendido de cólera, pero con el paso firme y tranquilo, al menos en apariencia, portando una sonrisa rota y salvaje que le cruzaba el rostro como una cicatriz. Fanni le esperaba fuera, al final del pasillo. Estaba triste, cabizbaja y no supo interpretar el gesto de su amante, saliéndole al paso para reclamar con un hilo de voz:

—Por favor, cariño, llévame contigo. La dueña de la fonda me debe dos días libres y además no quiero que te vayas con esa zorra de Klara que...

La bofetada la lanzó hacia atrás, tropezando con la balaustrada y cayendo por el primer tramo de escaleras. Allí se quedó Fanni, medio aturdida, incapaz de comprender lo que terminaba de suceder, viendo, como en un sueño, a su enamorado descender con las facciones terriblemente deformadas por el odio y propinarle una patada en el estómago, mientras gritaba:

—Tú calla, puta de mierda. Tú no tienes nada que decirme ni que reprocharme porque no vales nada. ¿Lo has entendido?

Fanni no respondió. No pudo porque estaba doblada de dolor sobre sí misma. Mientras tanto, Alois reemprendió el descenso y fue al encuentro de Klara, que esperaba en el umbral de la casa, vestida ya para salir a la calle con una deliciosa prenda de colores vivos regalo del propio Alois.

—¿Nos vamos ya, tío? —Klara, viendo el aspecto de este y con qué furia se conducía mientras bajaba el último tramo de escalera, tuvo el buen tino de no preguntar lo que había sucedido, ni la causa del estrépito ni de los gritos. Además, Klara tenía un talento natural para ablandar el temperamento de Alois. Cada vez que le miraba con sus dulces ojos verdes y le sonreía, aquel hombre espantoso olvidaba quién era, lo que era, y todo lo que odiaba no saber quién podría haber sido si su madre no le persiguiera desde el infierno de la memoria con su vara para golpearle, para vejarse, para disminuirle.

—Sí, Klara; ya nos vamos. Nos esperan en Döllersheim.

Y fue precisamente en Döllersheim, cogido del brazo de su prima Klara, donde se inició la cadena de acontecimientos, el maleficio que a punto estuvo de destruir su vida y de condenarle para siempre.

—Hoy es un día maravilloso —dijo Klara, mientras paseaban embelesados entre jazmines de delicioso perfume.

Bien, es posible que no fueran en verdad jazmines perfumados, y acaso se tratara de uno de esos arbustos puntiagudos tan típicos o de unos viñedos o hasta de un cultivo de remolacha, todos propios de la zona; el caso es que Alois y Klara paseaban bien agarraditos, ajenos a todo salvo a sus propias ensoñaciones, que acaso tardarían unos lustros en hacerse realidad, porque en el momento presente, aún en medio de tanta dicha y buenos augurios, las cosas estaban a punto de torcerse de forma trágica, casi irreparable.

—Maravilloso, querida —concedió Alois, que odiaba decir “puta” o “zorra”, o cualquiera de esas gráciles locuciones con que designaba a las otras hembras (y especialmente a su esposa Anna y a su amante Fanni), cuando se dirigía a la buena de Klara—. Creo que nada puede deshacer este momento de felicidad plena en mi corazón. A tu lado me siento muy dichoso.

—Y yo al suyo, tío.

Ah, una mujer que no le tuteaba en ninguna ocasión, ni siquiera en aquella en que sus almas se deslizaban sobre el suelo, etéreas, en estrecha comunión. La pequeña Klara sabía estar en su sitio (un lugar inequívocamente inferior) y en todo momento le mostraba el respeto que toda mujer debe a su hombre. Tal vez era esta la causa del afecto sincero que

Alois, día a día, desarrollaba hacia aquella muchacha que Nepomuk (su guía, su valedor) le enviara para que aprendiese de su mano que es lo que una mujer debe esperar de la vida. Y Alois estaba dispuesto a enseñárselo. Claro que sí. Nada se lo impediría.

—La razón por la que he decidido que tú me acompañases hoy, tú y nadie más, Klara —puntualizó Alois, levantando un poco la voz—, es porque contigo me siento a gusto, tranquilo, a salvo de los demonios de la mente..., de la ira, de la pesadez de la vida, del día a día... Oh, maldita sea, creo que me explico de una forma terrible.

—Se explica perfectamente, tío.

—A tu lado me siento en paz conmigo mismo. Y eso no es cosa fácil, mi niña. En absoluto.

Klara sintió que el calor del sonrojo acudía a sus mejillas y se refugió en una media sonrisa, cabizbaja, enteramente entregada a aquel hombre tan dulce y distinguido que la había sabido enamorar desde el primer día, desde el primer instante. Bueno, era bien cierto que la había forzado a tener relaciones sexuales no pocas veces, pero eso era algo habitual en los hombres, a los que les resultaba difícil controlar sus instintos en esos temas, pues querían ver cumplidas de inmediato sus necesidades. Pero, aparte de eso (de violarla siempre que ella no deseaba acostarse con él), Alois era muy considerado y la trataba como a una reina.

—Gracias, mil gracias, tío.

—De nada, chiquilla. Lo digo de corazón.

Pero aquel momento de dicha fue efímero, casi un acto de crueldad por parte del destino, porque tan pronto la pareja abandonó su paseo entre imaginarios jazmines para dirigirse al encuentro del notario y de los testigos, que esperaban en el camino junto a la iglesia, la realidad repudió el afectado barniz de lo idílico para trastocarse en náusea y desazón, en el cúmulo de circunstancias que Alois vendría a llamar “su maleficio”.

## 7.

Caía la tarde. Alois dibujó en su rostro una media sonrisa y avanzó del jardín a la casa parroquial cogido del brazo de Klara. Le acompañaban los tres testigos de rigor y el notario. Por un momento, Alois se concentró en su atuendo más que en el acto que se desarrollaba ante sus ojos. Llevaba un traje negro de buenas hechuras. Un traje hecho en Viena. Eran las vestiduras de un hombre de mundo, no de un patán de provincias. Así que levantó orgulloso la cabeza e hizo frente a la figura que tenía ante sí y que se había ido agigantando según avanzaban por el pasillo. Aquella figura parecía, en la penumbra, la viva imagen de Hefesto: un ser hosco y desgarbado, un dios de armadura negra y ojos de fuego. En el aire había una atmósfera densa, como de fragua y humarada, sudor y ceniza, en la que su habitante se regodeaba henchido de oscuridades tras una pesada mesa de roble, en un extremo de la estancia. Se trataba del párroco de Döllersheim, que le miraba con expresión altiva y distante.

—Señores —dijo con un carraspeo—. Estamos aquí para que se reconozca a Johann, de profesión molinero, como padre natural de Alois Schicklgruber, procediendo al cambio de los apellidos tal y como espero se estipule en los documentos que me adjuntarán.

Hoy era el día en que Alois tomaría el apellido de la familia de su tío Nepomuk y se convertiría legalmente en su heredero. Un día feliz, que parecía la antesala de una madurez sin ninguna apretura económica y de una posición social aún mejorada. Ese tipo de posición social que solo el dinero puede darte.

El notario se inclinó para mostrar el protocolo de legalización ante el sacerdote. Este lo repasó con la mirada, sorbiendo el aire ranciado de aquellas paredes a ruidosos intervalos, gimiendo como un animal herido.

—Alois Schicklgruber —dijo el párroco, soltando un nuevo quejido desde el fondo de sus fosas nasales—, nacido en Strones el siete de junio de 1837. Hijo ilegítimo de María Schicklgruber. ¿Es correcto?

Todos asintieron. El párroco ni siquiera levantó la vista del legajo que tenía ante sí y se limitó a sonreír brevemente mientras murmuraba una frase ininteligible que terminaba en... pregunta retórica.

—Sin embargo, a lo que parece, la ya citada María Schicklgruber contrajo matrimonio en 1842, cuando usted era un chiquillo, y nunca se determinó el asunto de la paternidad. Es por ello que, a pesar de que su esposo murió hace ya más de diecinueve años y la señora hace casi treinta, desea usted que el apellido de su padrastro Johann pase a ser el suyo propio. Así lo atestiguan estos tres señores que han dado fe ante el señor notario que fue, además, la última voluntad del antedicho, expresada a viva voz en su lecho de muerte, la de reconocerle a usted como su hijo legítimo. ¿Es correcto, señor Schicklgruber?

Esta vez asintió Alois solamente. El sacerdote continuó inclinado sobre su mesa, absorto, murmurando alguna cosa entre dientes antes de proseguir:

—Supongo que sabrá que el apellido de su padre, al que nos referimos, aunque en alemán significa una sola cosa: “pequeño propietario”, puede escribirse de al menos cinco formas distintas. Se las puedo enumerar si desea para que elija.

—No es necesario —se limitó a apuntar Alois—, escriba usted la que mejor considere.

Fue entonces cuando sucedió todo.

El párroco le miraba con desprecio. Los testigos le miraban con repugnancia. El notario le miraba con aversión. Y Klara sonreía, ajena a todo, perdida en sus ensoñaciones de adolescente. Eres débil, no tienes voluntad, decía una voz lastimera dentro de su cabeza. No te importa ni tu apellido, aquello que enmarca lo que Alois es y será, aquello que te describe y te nombra... Así, permites que este hombrecillo, que el cura de Döllersheim decida por ti. ¡Cobarde!

Aquella voz era la de Thomas H. o tal vez la de Joseph G.

Estaba casi seguro que no era Piotr K., aunque a veces ni siquiera sabía diferenciar a unos de otros dentro de su cabeza.

¡Pero no! No era ninguno de ellos. ¿Cómo no se había dado cuenta? Aquella era la voz de su madre, de María Schicklgruber, aquella puta le perseguía desde el infierno de la memoria. Y gritaba:

*Te odio porque me recuerdas al subnormal que me violó en el granero.*

*Te odio porque eres débil.*

*Te odio porque no tienes voluntad.*

*Te odio porque eres un cobarde.*

Entonces se dio cuenta (todos se dieron cuenta; o creyó Alois que se daban cuenta) que debajo del muy digno e importante Supervisor de Aduanas se escondía el niño de cinco años al que María (la puta de mi madre) golpeaba en las pantorrillas con una vara mientras este, inmóvil, subido a una silla, lloraba sin entender por qué su mamá le odiaba tanto.

—La vara subía y bajaba —dijo Alois, y abandonó la pequeña parroquia de Döllersheim con un apellido distinto a Schicklgruber, un apellido que solo deseaba para poder cobrar algún día la herencia del viejo Nepomuk. Un apellido que no era el suyo y que, en el fondo, nunca lo sería.

Y tal vez fuera cierto, porque Alois pensaba que tanto daba llamarse Schicklgruber que “pequeño propietario”, tanto daba todo lo que había medrado como funcionario del estado, tanto daban todas esas máscaras que se ponía para que nadie viese en su rostro el menor rastro del pequeño Alois que se subía a una silla y se meaba en los pantalones. Alois seguía en alguna parte, temblando de miedo, luchando contra y con sus amigos imaginarios (Thomas, Joseph y Piotr). Allí seguía y allí seguiría..., por siempre.

A causa de todo ello, cuando Alois abandonó la parroquia de Döllersheim ni siquiera miró su nueva partida de nacimiento (modificada por el cura a su arbitrio) y no quiso saber lo que había sido garabateado donde antes había un espacio en blanco (el que rezaba: apellido del padre). Huyó arrastrando a la niña Klara, que no entendía el porqué de tantas prisas, y regresó a Braunau y a su trabajo, a su matrimonio con la vieja Ana Glassl, a sus relaciones con la niña sirvienta Fanni y con su prima... pensando que, esta vez (solo por esta vez), los hados no castigarían su debilidad.

Se equivocaba.

# SEGUNDA PARTE

EL MONSTRUO EN ACTO



—¡Para que vivirá un hombre así!  
—profirió Dmitrii Fiodoróvich sordamente,  
casi enajenado ya de ira,  
empinando mucho los hombros,  
hasta parecer corcovado—  
No; díganme ustedes:  
¿se le puede permitir todavía  
que deshonre con su presencia la tierra?

**(Fiodor M. Dostoievski, Los Hermanos Karamazov)**

## 8.

En los años que siguieron, Alois trató de distraerse con un nuevo pasatiempo: la apicultura. Desde pequeño le habían gustado las colmenas de abejas, ese universo compacto, jerarquizado, inmutable, dispuesto como piezas que encajaran perfectas en un mecanismo invisible. Se sentaba plácidamente a mirarlas y el tiempo pasaba delante suyo, a través suyo, y ni su madre ni Thomas o Joseph, sus enemigos reales ni los imaginarios, podían tocarle. No cuando estaba contemplando sus queridos panales de abejas.

Y ahora que era rico (o lo sería cuando muriese Nepomuk) podía comprarse una granja y organizar un apiario de veinte o de treinta colmenas. Alois se había informado y sabía que con más colmenas solo conseguiría que sus niñas, las abejas, se peleasen por las flores y sufriesen inútilmente para sobrevivir.

Buscó pues una granja que se acomodase a sus intereses. Y en primer lugar pensó en el Waldwiertel, la región de Bohemia que le había visto nacer, incluso en el mismo Spitel o en Strones. Finalmente pensó que, si acababa inclinándose por aquellas comarcas, ya tendría tiempo de escoger la finca más adecuada, pues era una zona que le era sobradamente familiar y conocía de vista o personalmente a la mayor parte de los propietarios de los contornos. Comenzaría buscando lejos de su tierra.

A través de un compañero de trabajo supo que un monje agustiniano de la casa de Santo Tomás en Brunn, quería vender a toda prisa una granja en los alrededores de Heizendorf. El anciano llevaba meses a las puertas de la muerte y quería dejar atados todos sus asuntos para que la familia no se enfrentase por un pedazo de tierra; y quería dinero contante y sonante, que siempre es más fácil de dividir en las partes que uno crea convenientes. Su compañero en el Servicio Imperial de Aduanas conocía bien la historia de Joachim Reinhardt, que así se llamaba el anciano, porque era familiar suyo, tío abuelo en cuarto o quinto grado, y a los pormenores de su parentela y sus ramificaciones se entregaba ya aquel cuando Alois le dio las gracias por la información y retomó su trabajo de Supervisor con el denuedo acostumbrado.

Aunque Brunn quedaba bastante lejos, en Moravia, y Alois no podía disponer de cantidad alguna hasta la muerte de Nepomuk, una ganga como aquella despertó su codicia. Escribió una larga y ampulosa carta al sacerdote moribundo recibiendo, al poco, contestación afirmativa del anciano Joachim: sí, quería vender su granja; sí, tenía mucha prisa... y sí, le esperaba en el monasterio agustiniano de Santo Tomás la semana próxima.

Pero, aunque Alois se personó en Brunn al quinto día de haber recibido la misiva, llegó demasiado tarde. El anciano había muerto cuarenta y ocho horas antes, y los buenos agustinianos oraban en su memoria y entonaban graves cánticos por la salvación de su alma (o al revés, ese punto nunca le quedó a Alois demasiado claro).

El hermano Gregor, uno de los superiores de la casa, se ofreció a acompañarle a presentar sus respetos al difunto Joachim Reinhardt, cosa a la que Alois no pudo, por cortesía, negarse. Y pasaron así cerca de media hora frente al cadáver macilento de aquel anciano al que nunca había llegado a conocer y por el que no sentía el menor afecto ni respeto. Alois ocupó su mente durante aquel interludio pensando que el maleficio ya había comenzado, que su suerte de los últimos años se había invertido. Todo aquello era una buena prueba. Enfrentada su vida a dos ancianos que ya habían vivido lo suficiente, Joachim y Nepomuk, los hados habían resuelto dejar vivo al que no era y matar al que no tocaba. La existencia de Alois se hubiese solucionado (económicamente hablando) con la muerte de Nepomuk, y si aquel sacerdote (estúpido cabronazo) hubiese vivido apenas unos días más, él sería un hombre rico con una granja y sus colmenas. En lugar de ello era un hombre pobre que vivía en una fonda, con un tío avaro que no se terminaba de morir, sin granja y sin colmenas.

Definitivamente, Alois ya no se sentía satisfecho de sus logros en la vida. Tal vez aquel fuera el maleficio.

Terminó el velatorio y el hermano Gregor le acompañó hacia a la salida con un beato gesto de abatimiento y las palabras de consuelo que se suelen repetir en estos casos. Luego inició una conversación de esas que llamamos intrascendente. Alois, acaso impregnado del espíritu anticlerical de la Kulturkampf de Bismarck, no tenía mucho aprecio a la iglesia ni a sus ministros, y aún menos a aquellos que pensaban que él tenía necesidad de hablar con un cura del tiempo, de los problemas del mundo o de cualquier otra cosa.

—¿Era usted amigo de la familia?

Alois pensó que, en cualquier caso, de nada serviría ocultar la verdad a aquel imbécil agustiniano.

—En realidad no le conocía. Nos carteamos y vine desde Braunau porque estaba interesado en una granja que Joachim tenía a la venta en Heizendorf.

—Precisamente yo soy de Heizendorf —repuso el hermano Gregor—, y conozco bien las tierras de las que Joachim quería desprenderse. Muy buena finca, ideal para la cría de abejas. Se dice que por allí se fabrica la mejor miel del imperio.

¿Le interesa la apicultura, hijo mío?

Pero el hermano Gregor no se apercibió de cómo se encendía de ira el rostro de su interlocutor. Habían llegado justamente a la altura del jardín del monasterio y el religioso se inclinó junto a una planta de guisantes de tallo largo, acariciando con mimo sus hojas, acunándolas como si fuesen sus hijos.

—Sin embargo, ya habrá notado que mi pasión no es la apicultura sino el mundo de los vegetales, y también la meteorología, aunque en menor medida. Llevo veinte años cultivando, experimentando... En algunos círculos se me considera un erudito, aunque yo, modestamente, no pueda aceptarlo. Aunque acaso venial, sería un pecado a ojos de Dios.

—También lo es la falsa modestia —repuso Alois, pensando que, ya que el cura jardinero había querido iniciar aquel amistoso coloquio, bien podía atenerse a sus consecuencias.

El hermano Gregor le miró de reojo, aunque sin apartarse de su amado guisante de tallo largo.

—Sin duda. Pero, por suerte, no es el caso.

Camino de la verja, sin embargo, Gregor retomó sus explicaciones (acaso para castigar la salida de tono de su invitado), y Alois no pudo evitar enterarse de cómo el monje había cruzado diferentes variedades de guisantes para conseguir descendientes híbridos, y más tarde híbridos de los originales y de los descendientes, y así año tras año (durante siete!) hasta que consiguió descubrir la constante que regía todos estos procesos.

—Es un tema fascinante, sin duda, hermano Gregor, pero yo soy solo un lego en estos asuntos. Los vegetales y su universo me resultan tan distantes como los planetas en el cielo. Yo soy un hombre de preceptos, de normas sin fisura, de organigramas. En mi día a día hay leyes inmutables que deben seguirse, ordenaciones que se vienen despachando desde hace décadas. El Servicio de Aduanas me ha convertido de sirviente a alguna otra cosa, una herramienta vasalla de una maquinaria insondable, de un bien mayor, no sé si me entiende. Yo no busco constantes que expliquen la regla. Yo obedezco la regla sin cuestionarla y exijo que no se cuestione. De hecho, en tanto que he alcanzado el rango de Supervisor, acaso sea el guardián de la regla o la expresión de la regla misma para mis subordinados.

—Entiendo —dijo el hermano Gregor, observándole meditabundo—, pero la comprensión de la regla, de los mecanismos que rigen el Servicio de Aduanas o un proceso de hibridación, tal vez ayuden a servir mejor a ambas.

—En absoluto, la regla debe ser obedecida, nunca comprendida; el conocimiento conduce como un cáncer a la degeneración del tejido en forma de abstracción, de perplejidad, de incertidumbre. De la comprensión a la interpretación solo hay un paso, y debemos vigilar que nadie se atreva a darlo... por el bien de todos.

—Es usted demasiado estricto, amigo mío.

La verja se estaba abriendo. Alois saludó e intentó zafarse de la verborrea incontrolada de su interlocutor y de la suya propia, y, por ende, de una conversación que marchaba por unos derroteros que comenzaban a resultarle molestos, pero el hermano Gregor aún no había terminado.

Los darwinistas, le expuso, pensaban que la evolución de toda especie era fruto de unas diferencias hereditarias que se transmitían entre individuos y sus descendientes. Y él, Gregor, un simple monje de San Agustín, había demostrado que era así, e incluso había ido más allá, resolviendo que los individuos híbridos retenían la información de sus antepasados en “unidades hereditarias” que se repetían según una constante. De esta forma, asimismo, había terminado de tirar por tierra las teorías de Lamarck sobre la influencia del medio ambiente en la evolución de las plantas.

—Me parece un tema fascinante, hermano Gregor, como ya le he dicho antes. Desafortunadamente, mi esposa Anna me espera en Braunau y no puedo...

Pero Gregor sonreía.

—Usted me cae bien. No sabe disimular. No aguanta mi conversación y no ha hecho nada para que no lo pareciese. Esa es una virtud impagable en este mundo de imposturas en el que vivimos. Por ello voy a hacerle un regalo.

De debajo de la sotana emergió un pequeño volumen, que en un instante pasó de las manos del sacerdote a las de Alois.

VERSUCHE ÜBER PFLANZENHYBRIDEN, por Gregor Mendel, rezaba el lomo en letras doradas.

—Estudio acerca de la hibridación de las plantas —dijo Alois, sinceramente halagado—. Gracias. No era necesario.

—Sí, lo era —respondió el hermano Gregor.

Y con un fuerte apretón de manos se despidieron los dos hombres.

## 9.

Alois regresó a Braunau, guardó el librito de Gregor Mendel en un estante de la sala de lectura y regresó a su vida de funcionario de aduanas, solo alterada por alguna que otra salida buscando su hipotética granja de colmenas, aunque en adelante, y definitivamente, se concentró en la región del Waldviertel, que conocía mucho mejor que Brunn o Heizendorf y en la que, presumía, los propietarios tendrían una tendencia menor a morir justo antes de cerrar un trato.

A todo esto, el viejo Nepomuk no terminaba tampoco de morir. En realidad, cada vez que lo visitaba se le veía más robusto, fresco como una rosa; y el sueño de Alois de convertirse en propietario de una granja con su apiario de abejas fue desvaneciéndose, las salidas a buscar fincas apropiadas fueron espaciándose y pronto su rutina diaria fue su única rutina. A saber:

*Levantarse, fumar en pipa, joder con Fanni Matzelberger, ir al trabajo, fumar en pipa, hacer un descanso para comer frugalmente, joder con su prima Klara Poelzl, volver al trabajo, terminar la jornada laboral, fumar en pipa, ir a la taberna a beber cerveza hasta altas de la horas de la noche, volver a casa, fumar en pipa en su sala de lectura, joder con alguna de las sirvientas nuevas de la fonda, esperar a que dieran las doce de la noche leyendo un poco, fumarse una última pipa e irse a dormir con su esposa semi inválida y últimamente (y por fortuna) semi muda Anna Glassl.*

En realidad, no era mala rutina. Pocas rutinas están mal si uno no las mira bajo el prisma de la monotonía. Lo cierto es que Alois podría haberse sentido tan satisfecho como años atrás si no fuera porque no lo estaba en absoluto. Y eso era mala cosa.

Comenzó a volverse violento. Tal vez sería más exacto concluir que tenía crisis de ira. En una ocasión dio tal paliza a Fanni que la muchacha no pudo salir de la habitación y tuvo que pretextar una gripe para no acudir a trabajar en tres días..., pero lo más común era que golpease a su prima Klara. Lo hacía por cualquier cosa, pero principalmente por no cumplir como era debido con sus exigencias sexuales.

Esa zorra se está volviendo una holgazana, hubiera dicho Nepomuk; pero Nepomuk estaba en Spitel, sin terminar nunca de morir, y Alois seguía con su vida rutinaria y absurda.

Tal vez (solo tal vez) pegase tanto a Klara porque la amaba. Las mujeres rara vez entienden las extrañas parejas de causa y efecto que regurgita la enferma mollera de sus hombres. La pegaba tanto porque la amaba. Curiosa frase. El sujeto es (aunque ausente) el propio Alois, el complemento (directo, y también ausente) es Klara. Hasta aquí todo resulta comprensible, mas el resto no lo es tanto, y es que nuestro protagonista, el señor Alois (ahora ya Alois “pequeño propietario”, aunque no supiera ni quisiera cuál de las cinco formas de escribirlo había elegido aquel maldito cura de Döllersheim) era una bestia enferma, un producto de la sociedad enferma, machista y cruel en la que vivía. Pero nos estamos desviando de la trama, que pronto llegará a su punto álgido y no debemos, pues, perder de vista.

—Se te está enfriando la sopa —dijo Fanni, mirándole con ojos de corderillo, otra de aquellas noches en que Alois llegó tarde del trabajo y la sirvienta tuvo que levantarse del lecho a prepararle la cena. Hacía ya tiempo que aquella zorra le tuteaba. Alois odiaba aquel tipo de confianzas y la mala zorra lo sabía. Aun así, seguía insistiendo en violar las buenas maneras (joder, no era más que una criada y él todo un señor) como por descuido, adoptando un rictus tardo que no engañaba a nadie, y menos a su amante, que era consciente que aquel era un primer paso, que pronto el gesto presuntamente tardo por necio daría paso a otro más agrio, a alguna exigencia en su relación que tendría que conceder o que ella misma se arrogaría. Maldita puta.

—No me hables de tú. Sabes que lo detesto.

—Venga, amor. Ahora estamos a solas. Todos duermen y nadie lo sabrá.

—Me importa poco que el resto de inquilinos duerman o no; además, lo sé yo que es quien resulta ofendido. Y, por Dios Santo, no me llares amor. Que te abras de piernas no te da ningún derecho a pensar que hay cariño de por medio.

—Bah, Alois, a mí no me engañas con esa pose de hombre duro. Yo sé que por dentro eres un terrón de azúcar —y añadió, levantándose de la silla y caminando hacia la puerta: — Voy a traerte el segundo plato, mi azucarillo.

Cuando quedó de nuevo a solas en el comedor, Alois descubrió que le temblaba un párpado, que latía el maldito como si tuviera vida propia. Alois lanzó la cuchara al suelo y esta rodó por el enlosado bajo su atenta mirada, solo interrumpida por el abrir y cerrar compulsivo del jodido párpado temblón. Oh, Dios, había perdido el apetito. “Azucarillo”. ¿Acaso aquella zorra había perdido el juicio? Sí, debía ser eso. Cuando volviese le iba a poner los puntos sobre las íes, o mejor, le iba a partir esa boca de campesina sucia de lodo y orines para que aprendiese modales y, especialmente, cómo una golf

como ella debía conducirse delante de un caballero.

Pero Fanni no regresaba. En lugar de eso, unos gritos de mujer comenzaron a elevarse desde el pasillo y Alois abandonó la mesa a toda prisa, preguntándose qué demonios estaría sucediendo ahora, por qué no le podían dejar tranquilo con su rutina (que, aunque insatisfactoria, era suya) y por qué todo el mundo parecía haberse conjurado para joderle la vida.

—¡Déjame ya, por favor! ¡Te he dicho que se lo llevo yo! —chilló Fanni, mientras estiraba inútilmente de una fuente de salchichas que trataba de arrebatarle su otra amante, Klara Poelzl.

—Y yo te digo que te vuelvas a la cama. Me he levantado porque no tenía sueño y puedo perfectamente servir a mi tío. Después de todo, mañana tienes trabajo a primera hora —Klara, como siempre, hablaba en voz baja, comedida, pero aun así aferraba con determinación la fuente de salchichas, que ninguna parecía dispuesta a abandonar.

—¡Mira perra, él prefiere mi coño mil veces antes que el tuyo! De nada te va a servir intentar hacerle la...

La frase se le heló a Fanni en la boca. Alois estaba delante de ella con los puños cerrados, los nudillos pálidos de rabia, las uñas seguramente clavándose en la carne, desgarrándola.

—Perdone, tío —terció Klara, dejando de tironear de la bandeja de salchichas, que acabó por fin en manos de su rival, que la obsequió con una sonrisa felina—, yo solo quería...

—Sé muy bien lo que querías —le interrumpió Alois.

—Joderme, eso es lo que quería, azucarillo —dijo Fanni aferrando la fuente de salchichas, segura de su victoria.

—Quería ayudar, Fanni; Klara solo quiere ayudar —masculló Alois con los ojos inyectados en sangre, jurándose a sí mismo matar a aquella puta si volvía a llamarle “azucarillo”—. La que quieres joderme eres tú, Fanni Matzelberger. Has armado tanto alboroto que cuando suba a mi habitación la coja de Anna me va hacer pasar la peor noche en muchos meses. Y eso te lo debo a ti. Solo a ti y tus gritos de hiena desagradecida.

Fanni inclinó la cabeza, simulando abatimiento, pero algo en sus ojos, un brillo, un destello, proclamaba que ella estaba en lo cierto y los demás (el mundo entero si fuera preciso) estaban equivocados. Ella amaba a Alois más allá de todo, hasta de su propia cordura. Todo lo demás importaba bien poco. Si él estaba a su lado todo tenía sentido. El que estuviera haciéndole el amor, comiendo sus guisos, golpeándola o ignorándola, eso era lo de menos. Si Alois estaba a su lado, el mundo podía o no seguir girando. Si Alois compartía con ella un minuto, era el minuto que contaba de ese día, de cualquier día. Alois era el mismo Dios para Fanni Matzelberger.

—Perdóname “azucarillo”.

Una mano poderosa la cogió del cuello y la lanzó contra la pared. La bandeja de salchichas cayó al suelo con estrépito. Alois comenzó a apretar mientras se veía reflejado en el fondo de las pupilas de su víctima.

—¿Quieres joderme de verdad, eh, zorra? ¿Quieres llamarme azucarillo delante de todos, para humillarme, para que Anna me deje? ¿Es eso?

Alois siguió apretando. Fanni, que ya no podía respirar, sonreía. En ese momento, su hombre solo tenía ojos para ella y esa puta de Klara estaba de más. Ella retenía toda su atención: Alois era suyo y todo suyo.

—Si usted quiere, vuelvo a mi cuarto, tío —dijo entonces Klara, con la voz quebrada.

—Sí, hazlo pequeña, vuelve a la cama. No pasa nada —Alois suavizó la entonación de sus palabras para hablar con su prima, con una muchacha tan bien educada que le seguía llamando de usted, irrespetándole, maldita sea!, aún en una situación como aquella; pero lo que no suavizó fue la presión de su garra sobre el cuello de Fanni, que parecía farfullar alguna cosa en su agonía.

—Te quiero, Alois.

—¿Qué?

Anonadado, el monstruo soltó a su presa, que cayó al suelo encogiéndose sobre sí misma y tosiendo al borde del desfallecimiento.

—Digo que te quiero —dijo Fanni al cabo, con voz desgarrada—. Puedes matarme, puedes hacer de mí lo que quieras. Soy tuya y nada más. Vivo solo para que me ames algún día, para que hoy me estrangules con tus manos o para que me hagas tuya cuando te apetezca.

—Aléjate de mí. ¡Estás loca!

—Loca de amor, Alois. Loca por ti.

Alois se alejó a toda prisa del pasillo y comenzó a ascender por las escaleras hacia las habitaciones que compartía con su esposa. Le acompañaron en su ascenso los chillidos de una mujer trastornada que en mala hora había resuelto seducir:

—Ve donde quieras, Alois. Mañana yo estaré aquí, siempre estoy aquí, y no tardarás en necesitar llenarte la barriga, ropa bien almidonada, un masaje en los pies o un buen polvo. Entonces volverás a ser mío. ¿Me oyes? ¡Volverás a ser mío!

En la navidad de 1889, desesperado, Alois se sorprendió a sí mismo mandando una breve y cortés misiva a aquel pesado de los guisantes, Gregor Mendel, al monasterio de Santo Tomás en Brunn. ¡Qué demonios! Se celebraba la jodida natividad de aquel extraño revolucionario judío... ese tal Jesús de Nazaret. Seguro que le alegraría al viejo Gregor las fiestas con aquel gesto de amor y de fraternidad (a los curas les gusta pensar en sus buenas obras, reales o imaginarias, y en que en el día del juicio podrán desenrollar la lista de sus pequeños triunfos, ponerla en la balanza y conseguirse un puestecillo de castrato en la corte de eunucos del buen Señor). Además, Alois necesitaba un hombro sobre el que llorar, lamentarse, descargar toda su rabia. Anna le había amenazado con el divorcio si no era capaz de controlar a Fanni, aquella sirvienta enloquecida, poseída por el mismo Satanás. Alois se sentía tan sólo, tan desamparado, tan vacío... Gregor Mendel estaba acostumbrado a que las ovejas descarriadas de su parroquia le contasen sus penas. Tal vez sabría cómo ayudarle. Tal vez.

Alois recibió a los pocos días una calurosa respuesta del agustiniano y una invitación a visitarle en Brunn cuando sus responsabilidades en el Servicio Imperial de Aduanas se lo permitieran. Alois tomó nota de la invitación: nunca se sabe cuánto puede uno necesitar dos o tres jornadas lejos de la rutina.

Pero su vida y, con ella, su casi satisfactoria rutina, se quebraron del todo antes de poder pedir consejo o confesar sus

pecados en el monasterio de Santo Tomás. Una noche al volver a la fonda, tal vez más bebido que de costumbre, se encontró a Fanni sentada en el rellano de las escaleras. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto (lo cual era extraño, porque aquel día Alois no le había pegado más que un par de amistosos bofetones) y tenía aspecto de llevar esperándole muchas horas. La muchacha aún no había cumplido los diecinueve años.

—¿Qué sucede, pequeña zorra?

Como puede verse, Alois era todo un caballero, habiendo heredado (perdón, aprendido. Un lapsus Mendeliano) de Nepomuk un excelente vocabulario, ideal para comunicarse con sus semejantes en toda situación y lugar.

—Su esposa, la señora Anna Glassl, se ha marchado.

—Mi esposa es una coja que apenas se tiene en pie, mi pequeña zorra. Sale de la habitación una vez al mes como mucho, da dos vueltas a la fonda y se echa a dormir doce horas a causa del esfuerzo.

Fanni rompió a llorar en ese instante. ¿Por qué lloraba aquella guarra estúpida?

—Se la llevaron sus hermanos, Alois.

Alois se repitió mentalmente aquella jodida pregunta: ¿por qué lloraba aquella guarra estúpida? ¿Y por qué pensaba que podía tutearle? Las mujeres son unas putas la mar de peligrosas. Están llorando desconsoladas sobre tu regazo y en realidad te están apuñalando de mil maneras diferentes. Alois sabía que, si la cogía por los pelos y hacía rebotar su cabeza contra el primer escalón hasta teñirlo de escarlata, sus problemas se acabarían. Debería haberlo hecho. Pero supo contenerse, esperó y esperó... mas de Fanni apenas si escapaban unos débiles sollozos.

—Dime lo que tengas que decirme... pero ya, pequeña zorra.

Fanni Matzelberger levantó hacia su hombre, hacia su salvador, unos ojos anegados en lágrimas. Unos ojos brillantes que escondían en verdad una sonrisa y delataban su farsa: porque Fanni no estaba triste, todo lo contrario. Había vencido y ahora Alois era todo suyo.

—Estoy embarazada —dijo.

## 10.

Pensaba Alois: *Estas zorras (las mujeres en general, me refiero) tienen una rara capacidad para joderle la vida. Tú solo las quieres para joder, ni siquiera tendrías que hablar con ellas si se dejaran joder en silencio, pero ellas siempre están pidiendo, pinchándote, lucubrando extrañas maneras de joderle la vida. Y no es la misma cosa que las quieras para joder que quieras que te jodan la vida. Y al final, inevitablemente, te la joden.*

Eso al menos pensaba el “bueno” de Alois, sentado en su sala de lectura, fumando nervioso su pipa y escuchando en segundo plano los gemidos lastimosos de Fanni (a la que había golpeado con el atizador de la chimenea hasta que empezó a dolerle la mano).

*Pero el caso es que ya me ha jodido la vida.*

Su antigua esposa, Anna Glassl, pidió la separación... y se la concedieron, claro, *esas estúpidas autoridades conniventes con la moda de dar derechos a las mujeres*. Además, la familia de Anna intentó desprestigiarle en el trabajo en venganza por su adulterio, y aunque no consiguieron que lo despidieran ni lo trasladaran a una ciudad de tercera (por poco), quedó claro que en adelante para Alois los ascensos no serían cosa fácil como venía sucediendo en el pasado.

Para colmo de males, Fanni, con la que ya vivía como si fuese su esposa, comenzó a hacerle escenas, un día y otro también, reclamando que mandase de vuelta a Spitel a Klara Poelzl, su prima, pretextando (absurdamente) que Alois disfrutaba más con las otras que con su mujer, *y especialmente con la puta de Klara*.

Y Alois no entendía nada de nada; primero porque es bien sabido que uno siempre disfruta más con las otras que con la mujer propia (a la que uno respeta, y debe tocarla en consecuencia lo menos posible), y en segundo lugar porque Alois (como ya intentamos que comprendiese el lector, si bien sabemos que no es fácil de entender) amaba o creía amar profundamente a su prima Klara Poelzl, por mucho que le diera unas brutales palizas, o acaso precisamente por eso.

Una tarde, luego de que Alois regresase del trabajo y diese de patadas a Klara por alguna razón que durante la paliza se le olvidó, entró en la sala de lectura sin ser invitada (prueba de hasta qué punto se estaban deteriorando los modales en su casa) la mismísima Fanni Matzelberger, chillando que Alois no la amaba, y que prefería pegar a esa puta de Klara a estar con su mujer.

Su esposo, por toda respuesta, cogió el atizador y dejó inconsciente a Fanni (embarazada de siete meses) de un golpe en la sien. Cuando la pequeña guarra despertó, un par de horas más tarde, le montó otra escena, mas no porque hubiese estado a punto de asesinarla con el atizador, sino a causa de... (sí, han acertado) esa puta de Klara Poelzl.

Así que, enfrentado al dilema moral de asesinar a golpes a Fanni o mandar de vuelta a Spitel a la mujer que amaba o creía amar, resolvió Alois esto último y, con gran dolor de su corazón (*esa pequeña zorra de Fanni me las pagará*) despidió a su prima segunda Klara con un beso y un hasta pronto en la estación de tren,

Pero las ruedas invisibles del maleficio que su debilidad había puesto en funcionamiento en la parroquia de Döllersheim, seguían girando. Nació su primer hijo, también llamado Alois y, liberada Fanni de su obsesión por Klara, la sustituyó por una doble obsesión: el pequeño renacuajo (*¿Has visto qué niño más guapo, más fuerte, más sano, más inteligente? ¿Has visto como ríe, como llora, como caga?*) y la nueva y popular cantinela *¿por qué no nos casamos, Alois, cariño mío?*

Joder, ¿por qué demonios le tutearía aquella guarra?, pensaba nuestro protagonista... y finalmente contestaba:

—No podemos casarnos, no nos dejará el párroco de Döllersheim hasta que no le traigamos el acta de defunción de Anna Glassl, mi esposa a ojos de Dios. Y ya sabes cómo es la Iglesia con nimiedades como la bigamia.

—¿Y por qué te casaste con esa puta? ¿No tenías bastante conmigo?

Alois ni siquiera se tomó la molestia de explicarle que cuando llegó a Braunau y se casó con Anna, ella tendría once años a lo sumo y, además, él ni siquiera conocía a Fanni *“la pequeña criada zorra jodevidas”*. Pensó, además, que no eran argumentos que fuese a tomar ella en consideración y estaba casi seguro que iba a salirle con una frase más o menos como *¿así que puedes joder con niñas de once años, pero no casarte con ellas?* Y si dijera algo como eso Alois tendría que darle la razón. Y Alois odiaba darle la razón a aquella pequeña zorra.

Visiblemente amargado, el señor Alois “pequeño propietario” perdió todo interés en su esposa y dejó de maltratarla (lo cual debería hacernos reflexionar sobre los mecanismos mentales de este cabrón repugnante). Cada vez llegaba más tarde a casa, y siempre que tenía unos días libres en el trabajo se marchaba a Brunn, con el cura jardinero Gregor Mendel, y llegaron a tener una buena amistad, cimentada en que no tenían nada en común y se pasaban horas enteras

sorprendiéndose de las aficiones y gustos del otro.

En una ocasión, sin embargo, en lugar de marchar hacia el Monasterio de Santo Tomás con el hermano Gregor (donde Fanni pensó que se dirigía, aunque algo celosa de la amistad de su hombre con aquel sacerdote) tomó el camino hacia Spittel para ir a ver a su tío Nepomuk y, naturalmente, también a Klara.

El viejo Nepomuk, como el buen hijo de puta que era, encontró las preocupaciones de Alois de lo más divertidas y le aconsejó que asesinase a Anna o a Fanni, o tal vez a ambas, pero nunca a la vez, *pues ello despertaría lógicos recelos en los guardianes de la ley de nuestropreciado imperio Austrohúngaro*.

Alois no sabía si Nepomuk hablaba en serio. Así que se lo preguntó un poco en broma, pensando que el viejo se echaría a reír.

—A mi juicio, muchacho —repuso su tío con semblante adusto—, tu situación personal es absolutamente inaceptable. Admites, incluso, que has venido aquí engañando a tu mujercita, que te cree en Brunn con un sacerdote agustiniano (mejor no te preguntaré que demonios puede atraerte de una relación semejante. Debes estar desesperado), pues no te atreverías a decirle que vas a pernoctar en la misma casa en la que vive tu prima Klara. Y por todo ello, está bien claro que tendrás que librarte de esa mujer que tienes por esposa.

Alois estaba boquiabierto, sentado en la sala de lectura de Nepomuk, casi con la misma expresión que veintiocho años atrás, cuando descubrió a su tío fornicando con Johanna, su hija (y madre a su vez de Klara Poelzl).

—No le entiendo, tío.

—Oh, sí que me entiendes, naturalmente que me entiendes. Solo haces ver que no te enteras, te escondes como acostumbrabas cuando niño para no enfrentarte a tu verdadera naturaleza. Si buscas en tu interior encontrarás eso a lo que no quieres enfrentarte.

—¿Al asesinato? ¿A eso se refiere? —balbució Alois.

—No, no... por supuesto que no. Te quedas con el detalle y te olvidas del marco general, de las causas. Deja la exploración de los efectos para los débiles —Nepomuk detuvo su alegato y le lanzó un guiño burlón. Oh, el viejo hijo de puta estaba disfrutando de aquel momento, como un maestro de latín ante la primera lectura de su pupilo: la “Guerra de las Galias” de Julio César—. Me refiero a coger la vida por los cojones, Alois, a eso me refiero. En ti, aunque por educación y no por sangre, veo la fuerza para tomar las decisiones adecuadas cuando deben tomarse, algo propio de nuestra familia: por eso has sido siempre mi predilecto. Y quiero que sepas que esa determinación no la tiene todo el mundo. ¡No señor! La situación que me describes, tu vida en esa fonda de mala muerte, debe terminarse. Otro se mesaría los cabellos, lloraría como una niña... pero no uno de los nuestros, un espíritu libre.

—¿Libre, tío?

—Sí, libre, maldita sea. Libre de convencionalismos, de obligaciones morales, de responsabilidades civiles, maritales, eclesiásticas... La lista es interminable y acaba en torno a nuestro cuello como un jodido yugo. Tú encontrarás la fuerza interior para obrar lo que debe obrarse. No te han dejado otra opción. Lo harás.

Alois frunció los labios hasta que su rostro se volvió mueca, poseído por una rara sensación de confianza, de entusiasmo, casi de ebriedad. No se habría sentido mejor si acabase de engullir tres o cuatro jarras de sabrosa cerveza bávara.

—Tendré que matar a quien se interponga en mi camino.

Nepomuk asintió.

—Sin embargo, asesinar no es plato de gusto para nadie, sobre todo la primera vez (te lo digo por propia experiencia), y te aconsejo que hagas antes un ensayo general con tu antigua esposa, ésa que se ha creído con derecho a pedir la separación sin tu consentimiento...

—Se llama Anna Glassl.

—Esa perra, sí. Mátala y descubrirás si tienes lo que hay que tener. Pero como no lo tengas, muchacho, estás acabado. Esa arpía de Fanni te va a joder la vida.

Alois dio un respingo en el sofá Biedermeier en el que estaba sentado. Nepomuk había dicho la frase justa: te va a joder la vida. Y eso, Alois “pequeño propietario” (se escribiera como se escribiese) no iba a permitirlo.

—Gracias por todo. No sabes cuánto te lo agradezco.

Y se fundieron tío y sobrino en un caluroso abrazo. El abrazo de dos almas que se reencuentran.

Así fue como Alois y Nepomuk recobraron la amistad perdida tanto tiempo atrás. Y para celebrarlo, llamaron a Klara y la ensartaron salvajemente sobre el sofá Biedermeier, uno por delante y otro por detrás, riendo como posesos, excitándose a cada momento un poco más con los chillidos de dolor de la joven (prima de uno y nieta del otro), anonadados y sintiéndose un poco culpables por, siendo tan similares como eran (tan cercanos en pensamiento y en sentimiento), haberse distanciado durante casi tres décadas.



## 11.

Volvió Alois de su muy productiva visita a Spitel con un frasco de veneno, cortesía de su amado Nepomuk. *Si lo administras sabiamente*, había dicho el viejo, *poco a poco al principio y generosamente al final, los médicos confundirán los síntomas con los de un ataque de uremia*.

Pero el señor “pequeño propietario”, otrora Schicklgruber, tenía serias dudas sobre si debía o no utilizar la ponzoña con su antigua esposa Anna. Y no por algún raro sentimiento de culpa que podáis imaginar, sino porque no quería quedarse sin su mejor baza (el veneno) durante el ensayo general y no tenerlas todas consigo el día del gran estreno con la guarra de su mujer actual, esa ingrata de Fanni Matzelberger. En realidad, le tentaba hacer que aquella puta coja de Anna muriera de algo parecido a la uremia, ya sabéis, un mal funcionamiento del riñón. Lo consideraba una muerte especialmente jocosa: el cuerpo se llena de las meadas que el riñón no puede absorber, te hinchas de estas y otras mierdas como un pavo relleno, y si no te mueres por los problemas digestivos, lo harás por una crisis cardíaca, respiratoria o de puro asco, que es lo más común.

No; Alois no sentía pena por Anna. De hecho, fue a verla a su nueva casa en Viena y la encontró de muy buen humor, de tan buen humor por haberse librado de él (la muy puta) que volvió subrepticamente a la semana siguiente (enterado del horario de la enfermera que la cuidaba por la propia víctima), entró por una ventana, la arrastró hasta el fuego del hogar y le aplastó la cabeza con el atizador de la chimenea (tardó un rato en darla por muerta: *¡estos atizadores son tan estrechos!*)

Pero la puta aún no había pasado a mejor vida. Le miraba fijamente (con desprecio más que con ira o terror) mientras, en torno a su cabeza, se formaba un gran charco de sangre.

—Nunca debí casarme contigo, Alois. Eres un monstruo —tartamudeó la pobrecilla, que debía sentir que la vida se le escapaba por momentos.

—En eso tienes razón —concedió Alois, sintiéndose de pronto terriblemente cansado y abandonando el atizador en el suelo, que se alejó tintineante, salpicando en derredor pequeñas estrías escarlatas.

—Te odio —Anna comenzó a temblar. Una burbuja de saliva se le formó en la boca y quedó colgando de un labio, meciéndose a cada palabra de la coja maldita—. ¿Por qué me has hecho esto?

—Por nada. Por ver si era capaz de algo así. Por venganza sin ánimo real de venganza. Por una necesidad de revancha, de quedar por encima tuyo, que te habías atrevido a desafiarme siendo como eres solo una mujer. Por nada, ya te lo he dicho.

Anna entornó los ojos, como si Alois no mereciese ni que le dirigiera una mirada postrera. Y este, desolado (no por lo que había hecho sino por no ser capaz ni de matar con cierta profesionalidad a aquella tullida), se sentó junto al hogar, en cuclillas, sin temor de ensuciarse un poco más con toda aquella sangre.

—Creo recordar que te llevaste por error uno o dos trajes míos cuando viniste a este pisito de soltera que te has montado —Alois trataba de ser irónico, sin mucho éxito, y el que todo aquello no le sirviera para sentirse verdaderamente superior le hacía sentirse desgraciado, vacío, como si él fuese el pelele que yacía roto sobre el enlosado—. Sé bien lo ordenada y metódica que eres con la ropa, como todas las mujeres, y seguro que no quisiste lanzar unas prendas tan caras y las tienes guardadas en el armario de la habitación de invitados —un brillo en los ojos de la moribunda, de nuevo abiertos, un brillo que Alois tomó por un involuntario asentimiento, le hizo por fin regocijarse en su papel de torturador—. Ahora, tan pronto te mueras, iré a buscar mi traje y saldré de aquí limpiito del todo, hasta de culpa, llevando todas las ensangrentadas pruebas en un saco. ¿No es una ironía maravillosa que tú misma me hayas entregado la posibilidad de salir indemne de tu propio asesinato?

Pero Anna ya no podía hablar. Boqueaba buscando aire, gemía pesadamente, apenas si respiraba. En realidad, hacía un rato que ya no intentaba decir una palabra ni enfrentar a su verdugo.

—¿Sabes, Anna? —dijo Alois, incorporándose y enfilando hacia la habitación de invitados—. Nunca te perdoné aquella vez que me hablaste como si fuese tu esclavo, cuando me acusaste de ser un adúltero, de no respetarte y de todas esas cosas. Te merecías eso y mucho más. Una maldita coja como tú debería besar el suelo por donde piso en lugar de quejarte por aquellas menudencias. ¿Acaso esperabas que te fuese fiel? ¿A ti? ¿A tu pata de palo? —desde la otra punta de la casa, rebuscando en armarios y cómodas, Alois se echó a reír—. No, puta, no.

Un ruido. Alois se detuvo. Era el relincho de un arreo de caballos, tal vez en la calle de enfrente. Nada más. De todas formas, mejor bajar la voz. Ahora le venía a la memoria que, cuando entró en el piso, le pareció ver que un muchacho de aspecto sucio y desaliñado, le observaba mientras intentaba forzar la ventana por la que se había colado en la casa.

Demonios, sería mejor que se diera prisa.

—Lo peor de todo —dijo Alois, acaso para sí mismo, pues Anna debía estar ya muerta y el tono de sus palabras había descendido hasta convertirse en un susurro—, es que no reconocieses mi superioridad como hombre, que no te dices cuenta que tú, como mujer, no tenías derecho a poner en entredicho nada de lo que yo dijera, nada de lo que yo hiciera, nada de lo que yo malgastase, fornicase o destruyese. La naturaleza nos ha hecho superiores, y a ti un ser inferior entre los inferiores, una vieja perra tullida, falta de lo único que justifica a la mujer de verdad, que es la belleza física, la simpleza, la superficialidad —Alois, cuando por fin halló uno de sus trajes, lanzó sin quererlo un grito de victoria. Luego se tapó la boca y rio de nuevo entre dientes—. Tú no eras nada, no eras nadie, Anna. Una vieja puta coja, fea, culta e inteligente, la antítesis de lo que una mujer debe ser.

De vuelta al comedor, Alois comprendió que aquella maldita traidora infame había estado a punto de engañarle de nuevo. Llevaba un buen rato arrastrándose en silencio por el comedor y casi había alcanzado el balcón, desde el que esperaba, seguramente, pedir auxilio. Por poco lo consigue. Airado, el monstruo recogió el atizador del suelo y lo clavó en la cabeza de Anna, ensartándola como si fuera un pincho de carne. La vida de la puta se extinguió con un bufido estupefacto. Lo que más molestó a Alois, fue que con esa acción volvió a mancharse de sangre los zapatos que acababa de limpiar con sumo cuidado y más dificultades de las esperadas (y eso que siempre le había parecido una tarea sencilla, como todas las que desarrollan en casa las mujeres), ya que nunca en su vida había limpiado nada con sus propias manos (para eso estaban las manos de esas putas holgazanas).

—Maldita puta coja y holgazana —masculló, como refrendando sus propios pensamientos.

Aunque no había pensado en robar (él era un hombre respetable), desvalijó la casa con prisas para despistar a los guardianes de la ley de nuestro preciado imperio Austrohúngaro, como diría Nepomuk, y se marchó con su costal a través de la ventana del primer piso, silbando una canción de moda. Al poco tiempo se enteró de la muerte de su antigua esposa por amigos comunes del Servicio de Aduanas, y supo asimismo que el ladrón (y asesino) de la pobre señora Glassl había sido pillado in fraganti en la escena del crimen, lo cual, a decir verdad, le pareció a Alois una cosa harto contradictoria, no fuera que se hallase en prisión y que su vida actual fuese una alucinación paralela (fruto acaso de los esfuerzos de sus amigos imaginarios Joseph G. y Thomas H. que últimamente venían a verle casi todos los días a su sala de lectura, y charlaban animadamente los tres hasta que daban las doce).

Pero no, no estaba loco, al menos no loco de esa manera, y lo que había sucedido era que un ladronzuelo de apenas trece años, ese que Alois le había parecido que le observaba al entrar en la casa de Anna, le había visto también salir luego con un saco repleto de objetos, y pensando que Alois era un ratero y aquella una vivienda desocupada, tomó la decisión de ir tras sus pasos para rapiñar lo que no hubiese podido llevarse. Pero la suerte no estaba aquel día del lado del muchacho, y las autoridades le pillaron junto al hogar, mirando hipnotizado un atizador que sobresalía de la cabeza de la señora Glassl con un gesto de sorpresa que debió durarle hasta el día de su ejecución. Naturalmente, nadie creyó la fabulosa historia del muchacho (nadie cree a estos ladronzuelos adolescentes y marginales de Viena) acerca de un primer ladrón asesino vestido con chaqueta y pantalón negros de buenas hechuras. De hecho, las autoridades, ni siquiera se tomaron la molestia de tomar declaración al muchacho sobre este punto y obviaron hacer mención de ello en sus informes. Tenían un asesino que provenía de los estratos más bajos de la sociedad, un joven sin oficio ni beneficio: un paria. Lo último que necesitaban era ponerse a buscar otro asesino distinto entre las gentes respetables de la clase media austriaca.

Al buen Alois, toda esta historia le sirvió para comprender que la suerte volvía a sonreírle, que el maleficio se acabaría si seguía por el buen camino (o el malo, según se mire) y mandó una larga, elocuente y gratificante carta a su tío Nepomuk (sin dar detalles de nada, claro), en la que le agradecía su sabiduría y piadosos consejos.

Sin embargo, la alegría le duró poco a nuestro protagonista. Y así, cuando comenzaba a lucubrar la forma de eliminar a su esposa, la arpía, y casi había decidido ya que la solución a sus problemas estaba en los pasteles de frutos del bosque o bien en los rollitos de manzana que tanto le gustaban a su mujercita, apareció en su sala de lectura (como casi siempre sin haber sido invitada) la mismísima Fanni, embarazada de nuevo de seis o siete meses, gritándole que, ahora que Anna Glassl estaba muerta, ¿qué excusa tendría para no casarse con ella?

No tenía ninguna, claro.

## 12.

El veintidós de mayo de 1883, apenas a un mes de la muerte de su antigua esposa, contrajeron matrimonio Alois “pequeño propietario” y Franziska Matzelberger. Alois (que volvió a obviar la forma en que finalmente se escribía su nombre en alemán) puso su mejor cara de hombre dichoso y su arpa esposa le dejó en paz durante unos cuantos días.

Dos meses después nacía Ángela, la segunda hija (después del niño Alois), de la feliz pareja.

Pero vayamos al asunto del pastel de frutos del bosque, de los rollitos de manzana y de cómo Alois decidió acabar con su segunda mujer de una forma digamos... más... creativa: Fanni se había convertido en una de esas mujeres desatendidas y amargadas adictas a los dulces y, entre sus preferidos, estaban aquellos que le parecían exóticos como el pastel de frutos del bosque (una especialidad alemana) y los rollitos de manzana (típico de los checos de Moravia). A la guarra se le hacía la boca agua solo de pensar en aquellas finas rodajas de manzana, rodeadas de crema y cubiertas de... ¡ah!, llegó a escuchar, incluso, que había quien sustituía las manzanas por cerezas. Una tarde en que tuvo Alois la desgracia de soportar un largo monólogo de su esposa acerca de las excelencias del pastel alemán y de los rollitos, el destino de Fanni quedó sellado.

Por suerte, el señor Alois “pequeño propietario” tuvo la capacidad de análisis suficiente para darse cuenta que llamaría mucho la atención que una chica de veinte años cumplidos tuviese el riñón destrozado y muriese de uremia, por lo que decidió postergar una vez más el veneno de Nepomuk para mejor ocasión y comprendió entonces por qué el perspicaz anciano se lo había entregado con instrucciones de utilizarlo en la ejecución de la vieja e inválida Anna, a la que nadie hubiese extrañado su muerte por enfermedad, fuera esta cual fuese.

Así que Alois tuvo que pensar una solución alternativa, y esta solución se presentó por ella misma, precisamente en Brunn, en una de sus excursiones al monasterio de Santo Tomás para ir a ver a su buen “amigo” Gregor Mendel.

—Una de mis feligresas, la señora Majerová, ha enfermado de tuberculosis —le dijo de pronto el sacerdote, meneando la cabeza—, y se debate en la pobreza contra la enfermedad, entre fiebres terribles y el agotamiento que precede a la muerte. Yo apenas puedo sino ir a visitarla cuando mis obligaciones me dan un respiro y me apena tanto verla acabar así sus días, sin un buen médico que alivie su dolor...

Alois convino con su amigo Gregor que la tuberculosis era una enfermedad terrible, un castigo divino que estaba diezmando a familias de toda Europa. Pero al poco una idea grandiosa le asaltó desde el fondo de los pliegues de su infame cerebro y pidió a su amigo la dirección de aquella buena feligresa, insinuando veladamente que acaso buscara un médico que la asistiera en sus últimos días.

—Veo que vuestros viajes hasta aquí no han sido en vano —dijo Gregor Mendel, sinceramente emocionado—, y veo también que el ejemplo de esta casa va haciendo mella en vuestro carácter, y acaso os valga todo ello para sanar el alma, que yo sé que escondéis sangrante y apedazada detrás de una máscara.

Luego de esta hiperbólica frase, el sacerdote agustiniano le dio la dirección de la enferma. Alois no perdió tiempo en ir a visitarla y al poco se hallaba, con un pañuelo tapándose la nariz, sentado junto al lecho de la señora Majerová, detrás de su hija Vera, una niña de apenas ocho años que lloraba desconsoladamente y que abandonó pronto la habitación, perdida en un mar de llantos.

Cuando se quedaron a solas, Alois fue directamente al grano.

—Vas a morir, y a mí me da igual cómo quieras hacerlo, puta. O soñando con morfina en tu jodida juventud o penando como la zorra que eres camino del infierno. Pero yo puedo traerte un médico que te dé lo que necesitas. Y para eso debes darme lo que yo necesito.

Diez minutos después, Alois iba calle abajo a la búsqueda del mejor médico de Brunn. En su bolsillo llevaba un frasco lleno con la saliva de la señora Majerová. Mientras el médico, un tal doctor Arbes, a la vista de un gran fajo de billetes, despedía a toda prisa a los pacientes de su consulta, el señor “pequeño propietario” fue a comprar unos rollitos de manzana. ¡Ummm! ¡Qué delicioso olor! Seguro que tenían un sabor estupendo. Lástima que fuesen todos para su mujercita, la pequeña Fanni.

## 13.

De vuelta a la casa de la señora Majerová, el médico inició su trabajo y Alois se quedó a solas con Vera, la niña de ocho años que hacía un momento lloraba desconsoladamente y ahora le miraba como si fuese un gigante, su salvador y el de su mamá.

—El doctor va a curar a mami, ¿verdad?

Aquella zorrita de ocho años pedía que se la follasen. Podría ponerla encima del fregadero y... pero se contuvo (Alois había aprendido a contenerse, aunque a duras penas, con los años). Además, quién sabía si la puta tísica de su madre no habría contagiado a la niña y un absurdo instante de debilidad le condenase a él, que no había hecho nada malo, a una horrible e innecesaria muerte.

No sé si el lector sabe que esta enfermedad, la tuberculosis, se contagia por vía respiratoria (fundamentalmente a causa de la tos) y por las excreciones en general de nuestro cuerpo (saliva, semen, heces...). Lo que está claro es que Alois sí lo sabía y tan pronto llegó a la ciudad de Braunau, bañó los rollitos de manzana en la saliva de la señora Majerová, los dejó secar al sol y se los entregó a su glotona (y adiposa) mujercita, que casi no podía dar crédito a aquel gesto de su marido, con la boca llena de gajos de manzana, convencida que Alois en verdad sí la quería, aunque a menudo tuviera formas bien extrañas de demostrarlo.

A principios de 1884, Fanni Matzelberger comenzó a sufrir los primeros síntomas de la enfermedad. Al poco le diagnosticaron tuberculosis y en agosto ya estaba muerta. Pero Alois no tuvo bastante con eso y cuando Fanni empeoró mandó traer a su prima Klara Poelzl (de la que, ya sabéis, estaba secretamente enamorado) desde Spitel para cuidar a los niños, por lo que la moribunda señora de “pequeño propietario” pasó sus últimos días entre fiebres altísimas, disnea, terribles dolores de pecho y accesos de tos, todo ello regado por los gemidos de placer que escapaban de la sala de lectura de su esposo, embebido en una bacanal interminable de alcohol y de sexo.

El día en que a Fanni le sobrevino la muerte, Alois despidió al médico (al que en verdad ya nadie necesitaba) y penetró en la habitación conyugal, cubriéndose la nariz con un pañuelo, y la vio consumida, incapaz ya de articular palabra alguna, exhalando algún postrer suspiro de agonía.

—Yo te contagié la tuberculosis, guarra —le dijo, tan pronto estuvo seguro que Fanni no había perdido aún el conocimiento—. Quería que lo supieses. ¿Te acuerdas de aquellos rollitos de manzana que te comiste con tanto goce y alegría? Espero que estuviesen realmente buenos, a juzgar por el precio que pagarás por ellos.

Fanni tardó una eternidad en levantar los párpados y mirar a su esposo. Trató de sonreírle, pensando que se trataba de una broma estúpida, o acaso había perdido ya parte del contacto con el mundo real.

—No te creo, Alois. Tú me amabas... o me amaste una vez. Tal vez ahora esté tan enferma que prefieras a tu prima Klara, pero yo sé que tú...

—Oh, demonios, deja de engañarte, maldita estúpida. Llevas mucho tiempo intentando joderme la vida y te advertí mil veces que desistieras si sabías lo que te convenía. ¿Recuerdas aquella vez que te agarré del cuello en el pasillo y casi te estrangulo? Tendría que haber acabado la faena y tú, si fueses un poco más lista, te habrías dado cuenta de la verdadera naturaleza de mis sentimientos hacia ti. ¡Me das asco! Me llevas dando asco años, casi desde el principio. Meter mi sexo en la cavidad hedionda de una criada, de una sirvienta asquerosa como tú... Dios, ¿cómo pude caer tan bajo? Por eso mi vida es ahora lo que es. Tú eres el puto maleficio. Por eso me encargué de que te murieses de una vez.

—Pero no, no es posible —Fanni, atónita, le miraba entre los velos de la propia muerte, como en un sueño—. Los pastelillos, dices que lo hiciste con aquellos pastelillos. Eso fue hace mucho tiempo ¿Cómo pudieron esos pastelillos...?

—Los bañé en la saliva de una mujer tuberculosa, dulce Fanni —Alois utilizó en este punto el sobrenombre cariñoso con que la llamaba en los pocos buenos momentos que habían tenido; fue una especie de castigo, una forma de hurgar un poco más en la herida, de recordarle a la guarra que todo había sido mentira: cada caricia, cada palabra afectuosa, cada beso—. Los preparé especialmente para ti, para que te marcharas al infierno de una jodida vez. Allí, en el infierno, es donde debes estar, en una fosa con las otras putas sirvientas “jodevidas”. Seguro que hasta tenéis un gremio. Ahora ya nunca estarás sola. ¿Ves qué suerte? En realidad, lo he hecho todo por ti. Por tu bien. Una persona como tú está mucho mejor muerta.

Fanni le pidió a Dios que se la llevase de una vez. No quería sino marcharse de ese mundo que había sido tan injusto con ella y lo era todos los días con cualquiera que errara de sexo y no hubiera nacido hombre.

Pero Alois, envalentonado, ebrio de repulsión y adrenalina, ya no podía parar.

—Cuando te hayas muerto de verdad, guarra, comenzaré a darle tales palizas al pequeño bastardo de nuestro hijito Alois que lamentará haber venido a este mundo. En cuanto a nuestro bebé, Ángela, me la voy a follar en el momento que tenga uso de razón, y llamaré a mis amigos del Servicio de Aduanas para que vengan a hacerle un favor a la guarra pequeña, hasta que la reventemos y no llegue así jamás a parecerse a la puta de catorce años que era su madre cuando la conocí.

Ninguna de estas amenazas debe tomarse en mucha consideración, ya que Alois amaba sinceramente a la pequeña Ángela, pero le encantó ver los ojos de aquella maldita arpía de Fanni Matzelberger enrojecerse de ira. Fue la señal inequívoca de su triunfo. En cuanto al pequeño Alois, lo cierto es que nunca le cayó en gracia a su padre y, como prueba de la veracidad de sus palabras, llamó al niño (de dos años) a la habitación y la emprendió a puñetazos con su carita hasta dejarlo inconsciente.

—¿Ves lo que le hago a tu hijo, guarra?

Pero Fanni ya estaba muerta, así que no tuvo la oportunidad de ver cómo le daba patadas al cuerpecito del niño, tirado en el suelo, acaso tan cerca del otro mundo como su propia madre.

## 14.

Alois junior no murió a causa de las palizas recibidas. En realidad, cuando hubieron enterrado a la arpía de su madre, el bueno de Alois padre se relajó por completo, pensando que el maleficio había terminado por fin, y se perdió en mimos y arrumacos con su hijito para descargar su culpable conciencia. Pero el niño fue incapaz de perder el miedo que sentía por su progenitor, y se escondía debajo de las mesas cuando oía pasos que provenían de la sala de lectura, y por las noches se despertaba sollozando, extraviado en negras pesadillas, preguntando por su madre muerta.

A principios del mes de septiembre de 1884 (pasado ese mes entre matrimonio y matrimonio que Alois consideraba un luto apropiado), nuestro protagonista se acercó a Döllersheim para hablar con el párroco sobre la fecha más conveniente para sus esponsales con Klara Poelzl, que estaba embarazada de varios meses (en realidad, se había quedado embarazada durante la agonía de Fanni, en el transcurso de alguna de aquellas orgías en la sala de lectura).

Fue entonces cuando descubrió que el maleficio no había terminado todavía.

—Tendrán que pedir a Roma una dispensa papal para casarse —dijo el párroco con total naturalidad.

Alois se quedó de piedra. ¿Para qué demonios necesitaba él una dispensa papal? ¿Qué podía haber hecho mal esta vez?

—No, no es posible. Debe ser una broma, ¿verdad? ¿Se trata de una broma, señor párroco?

Los ojos de Alois parecían que se iban a salir de sus órbitas.

—Yo nunca haría una chanza de cosa tan seria como el sacramento del matrimonio —prosiguió el sacerdote, sorprendido por el nerviosismo de Alois y tratando de adoptar un tono de voz más afable y despreocupado—. No me lo permitiría ni mi carácter ni mi condición de siervo de Dios y de su Iglesia. El asunto es en verdad una cosa bien sencilla. Serénese y déjeme que le explique.

Pero Alois, incapaz de entender las intenciones del clérigo, dio un bote de su asiento y se tapó la cara con unas manos sudorosas, temblando de la cabeza a los pies, dispuesto a oír la más terrible de las revelaciones. Aquel hombre iba a hablarle del maleficio, de que este no tenía fin, de que su alma, su esencia inmortal, aquello que configuraba al verdadero Alois, era débil, quebradiza y no valía nada. Ya lo sabía su madre que, desde siempre, a golpes en su infancia y luego, durante toda su vida, en forma de recuerdos y pesadillas, le venía repitiendo: “*cobarde, inútil... Eres débil, no tienes voluntad. Igual que tu padre*”. Porque Alois era como su padre, era un hombre enfermo, un loco, un retrasado mental tal vez. Ese y no otro, era el verdadero maleficio y hoy, ahora, por fin, a través de aquel hombre (en tanto que sacerdote, inequívocamente en buena vecindad con las fuerzas ocultas del otro mundo), todo iba quedar al desnudo para su vergüenza y escarnio públicos.

—Veamos —dijo el sacerdote, sorbiendo el aire con sus fosas nasales a ruidosos intervalos, gimiendo como un animal herido—, cuando usted vino aquí años atrás y se declaró hijo de Johann “pequeño propietario” se inició una cadena de acontecimientos que nos lleva irremisiblemente al momento presente. ¿No cree? En eso creo que ambos estamos de acuerdo.

¿No era ya evidente que aquel anciano, aquella bestia herida, le estaba hablando del maleficio? ¡Él lo sabía! Había sido testigo de la debilidad de Alois cuando se declaró indiferente a la forma que debía tomar su apellido. “Pequeño propietario” puede escribirse de cinco maneras distintas (*se las puedo enumerar si desea para que elija*); y él había dicho: *escriba usted la que mejor considere*. Sí, la bestia herida había percibido que la desgracia se abatía sobre Alois a causa de su debilidad, a causa de...

—Klara Poelzl es hoy, legalmente, su prima segunda, pues es la nieta de Nepomuk, hermano de su padre. Al declararse hijo del hermano de Nepomuk, Klara y usted quedaron definitivamente emparentados. Si se fija, algo bien evidente y sencillo de entender, y es por ello por lo que necesita la dispensa papal de la que antes hablaba. Nada más.

¡No! Su madre le perseguía desde el infierno de la memoria, gritando de nuevo: “*cobarde, inútil... Eres débil, no tienes voluntad. Igual que tu padre*”. Y aquella puta tenía el rostro de Nepomuk o el de Thomas H. o incluso el de Joseph G. Y en momentos como aquel, Alois comenzaba a dudar de su propia cordura, porque Joseph y Thomas eran seres imaginarios y no tenían más rostro que el suyo propio.

Alguien gritaba. ¿Quién podía ser? Alois se sorprendió al descubrir que era él mismo:

—¡No me mienta!, ivan a castigarme por mi debilidad! ¿No es cierto?

El sacerdote le miró con extrañeza, intentando comprender la causa de la excitación de su interlocutor. Por un momento se preguntó sobre la salud mental de este, pero luego lo desechó. No, solo era un hombre atribulado por no poder desposarse de forma inmediata con la mujer a la que amaba. Su deber era ayudarlo, nunca juzgarle o poner en duda sus

facultades. No sería de buen cristiano.

—No es para tanto, hijo mío. He visto a muchos hombres, como usted, enamorarse de sus primas y vivir felizmente el resto de sus vidas. Solo hay que rellenar algo de papeleo y podrá casarse en unos meses. A lo sumo un año.

Pero el párroco de Döllersheim estaba mintiendo. Nunca podría casarse con Klara. ¿Qué había salido mal? Él había pagado por su debilidad, asesinando a Anna y a Fanni. ¿Qué más debía hacer? ¿Qué error había cometido?

De vuelta a Braunau se encerró en su sala de lectura y comenzó a golpear las paredes, a lanzar los muebles contra el suelo (incluido el sofá Biedermeier) y a chillar a Thomas y a Joseph, que le señalaban con un dedo acusador, aunque ni ellos mismos supieran de qué le acusaban.

Alois se quedó dormido en el suelo. Pasaron muchas horas. Klara, que sería una buena esposa, no acudió a la sala de lectura a pesar del alboroto porque no había sido llamada y si lo hubiera sido, jamás le habría tuteado (como hacía la guarra de Fanni), pues a pesar de compartir la alcoba le llamaba “tío” y de usted. Ella sabía dónde debía estar una mujer.

Despertó Alois muerto de frío, en la madrugada. La sala de lectura estaba destrozada, las sillas hechas pedazos, dispersos los fragmentos de madera en varias direcciones; los libros, caídos de las estanterías, le habían servido de almohada y de improvisado jergón. Le dolían los huesos, le latía el corazón descompasadamente. ¿Estaría muerto?

Intentó incorporarse y tropezó con un libro de los que había en el suelo. VERSUCHE ÜBER PFLANZENHYBRIDEN, por Gregor Mendel.

¡Qué casualidad! Había tropezado con el libro que le había regalado su amigo el cura jardinero hacía... ocho años, precisamente en la época en que comenzara el maleficio. ¿Y si...?

¿Y si...?

Fue un solo un instante. Una revelación. Puso boca arriba el sofá Biedermeier (que yacía de lado junto a la ventana) y tomó asiento con la determinación de intentar comprender aquellas extrañas elucubraciones de Gregor acerca de los guisantes híbridos, aunque, naturalmente, aquello nada tuviera que ver con Alois ni con sus problemas.

La primera lectura la hizo sin descanso, la segunda y la tercera fueron más sosegadas. Al amanecer ya había decidido que debía asesinar a aquel maldito agustiniano hijo del demonio.

Solo así se libraría del maleficio que llevaba tanto tiempo soportando.

## 15.

Llegados a este punto, tal vez convenga echar una mano al sufrido lector con las líneas maestras del razonamiento (no necesariamente razonable) de Alois “pequeño propietario” y de su, en apariencia, extraña decisión de acabar con la vida de su buen amigo Gregor Mendel.

Para ello deberíamos empezar hablando de los guisantes.

Gregor, recluso en la casa agustiniana de Santo Tomás, durante un paseo por los jardines, se le ocurrió cruzar diferentes tipos de guisantes (tallos largos y cortos, semillas lisas o rugosas, etc.). Lo hizo durante siete años, anotando y extrayendo conclusiones de los diferentes cruces. Al final halló una constante (que es lo que trataba de explicarle a Alois cuando se conocieron durante el velatorio del monje Joachim Reinhardt) y a partir de ello dedujo los tres principios o leyes de Mendel.

No, no voy a aburrirlos con una larga y farragosa explicación de los hallazgos de aquel sacerdote jardinero (segregación, gametos, alelos y cosas por el estilo), pero sí quiero hacer hincapié en algo que Alois descubrió en el trabajo de su amigo Gregor y que ni el propio Gregor había sabido ver.

En el transcurso de sus investigaciones Mendel llamó “unidades hereditarias” (hoy se llaman genes) a aquéllas que contienen las características particulares de cada individuo agrupadas en parejas. Así, cuando dos individuos se unen (semilla lisa frente a rugosa o nariz de berenjena frente a nariz chata) se crea una nueva “unidad hereditaria” en la que una opción (nariz chata, por ejemplo) deberá ser la dominante mientras la otra (nariz de berenjena) deberá ser la recesiva y aguantarse hasta la próxima generación.

Así que, cuando vayáis por la calle y os salga al paso esa vecina tan fea con nariz de berenjena llevando orgullosa en su cochecito a su hijito de nariz chata, no debes decir: *¡qué niño más guapo! Sino, menuda suerte tienes de que tu hijo haya heredado esa nariz chata, pues, aunque de berenjena, es sumamente recesiva (respecto a la nariz chata dominante de tu marido, se sobreentiende).*

Pero volviendo al asunto de Mendel y sus investigaciones, si llamamos a la nariz chata dominante “A” y a la de berenjena recesiva “a”, nos encontraremos (recordad que los genes se agrupan por parejas) que el niño del cochecito tiene una nariz híbrida del tipo “Aa”. Pues bien, el hermano Gregor descubrió que si ese niño de nariz chata y madre narigona se casaba con una niña de nariz hermosa y chata también, pero con un padre, pongamos por caso, narigón (o sea una niña de nariz también “Aa”), uno de cada cuatro hijos que tuvieran saldría narigón como sus antepasados narigones, con lo que demostró algo fundamental: que los genes o “unidades hereditarias” no se mezclan como se creía hasta ese momento, sino que permanecen inalterados haciendo parejita con alguna característica dominante, preparados para salir a la palestra cuando las leyes del azar (perdón, leyes de la genética) así se lo permitan.

Porque Mendel estaba tan preocupado en aplicar sus estudios a los guisantes y al mundo de las plantas en general, y en extraer conclusiones que negasen el pensamiento de Lamarck y completasen el de Darwin, probando que la evolución tenía mucho que ver con la hibridación, que no supo ver que había formulado las leyes de la herencia de los seres humanos (aunque también de los guisantes, claro), y que esas leyes, a juicio de Alois, dejaban dos cosas bien claras:

1. —Que como su padre era un deficiente mental (característica que, aunque él no había heredado, estaba en sus genes esperando para saltar a las siguientes generaciones), bien podría ser que sus hijos, algunos de sus hijos (y no necesariamente en una proporción de tres a uno, pues Alois intuía que los seres humanos somos vagamente más complejos que un guisante) heredasen la enfermedad mental de su abuelo, que había violado a María Schicklgruber en un granero de Strones poniendo en funcionamiento la rueda del destino y sembrando los demonios que habitaban su mente.

2. —Siguiendo este mismo razonamiento, sus hijos se verían enfrentados a muchos otros problemas. Alois no ignoraba que era un asesino despiadado, un pedófilo (aunque él no conocía esa palabra, sabía que le gustaban las niñas de diez, nueve, ocho y hasta menos años) y que estaba completamente loco, extremo este que corroboraron con un gesto velado de asentimiento, Thomas, Joseph y Piotr (reaparecido tras años de vigilia), sus amigos imaginarios, desde el otro extremo de la sala de lectura, sentados a una mesa también absolutamente imaginaria.



## 16.

Hasta ese instante, Alois, en secreto, había abrigado la esperanza de que su esencia, si se mezclaba con alguien del carácter suave y apacible de su Klara (tal vez por eso la amaba o creía amarla), iría con el tiempo diluyéndose, volviéndose menos violenta con el correr del tiempo entre sus descendientes, de tal forma que todos sus yerros y sus debilidades quedaran olvidados. Así, sus sentimientos de culpa desaparecerían, pudiendo morir en paz.

Pero aquel maldito sacerdote, Gregor Mendel, un hombre que se hacía llamar amigo suyo (¡por Dios!), le decía que no, que sus hijos, más tarde o más temprano, aquí y allá, este sí y este no, nacerían deficientes mentales, asesinos o locos de atar, aun cuando llevaran una vida aparentemente normal como funcionarios en el Servicio Imperial de Aduanas.

Por eso decidió matarlo. Por regalarle aquel libro maldito. Por ser un mal amigo y condenarle a los infiernos del presente y del otro mundo, a él, Alois “pequeño propietario” Schicklgruber, que ya tenía que lidiar días tras día y noche tras noche con los demonios de la mente y de la memoria. El razonamiento de Alois tenía varias lagunas, entre las más destacables que hay muchas formas de locura y de disfunciones mentales que son fruto de accidentes o de otras circunstancias que no son achacables a la genética, pero el fondo de su discurso es esencialmente cierto, así que vamos a pasar a relataros (luego de haber tratado de entender sus motivos) cómo dio muerte nuestro protagonista al hoy insigne Gregor Mendel.

No le fue demasiado difícil. Recordará el lector que Alois guarda un frasco de veneno regalo de Nepomuk, ideal para asesinar a un hombre ya mayor como su viejo amigo el cura de los guisantes.

Se produjeron cinco viajes a Brunn desde agosto de 1884 a diciembre del mismo año. Con el primero cae enfermo (¡qué lástima!) el buen monje agustiniano, afectado de una crisis aguda de uremia que pone a Gregor a las puertas de la muerte. Alois, que no es tonto, no le administra el veneno en la segunda visita, que coincide pues con una recuperación del agustiniano. Con la tercera visita llega el segundo ataque de uremia y con la cuarta visita una nueva recuperación (aunque más leve, pues el hombre ha quedado maltrecho por efecto del veneno y por los años, que se le vienen encima).

En el quinto y último viaje para ver a su amigo en Brunn, Alois encuentra al hermano Gregor bastante desanimado, tumbado en su lecho, aún sin haberse recuperado de la última crisis de uremia, poco optimista ante la perspectiva de sobrevivir a otro crudo invierno.

—Mi tiempo se acaba —dijo el sacerdote—. Es así, sencillamente.

—No de nada por sentado, hermano. Dios nos sorprende cada día con sus resoluciones. Usted le ha servido mucho tiempo. Tal vez quiera premiarle alargando su estancia en este mundo —rio Alois, irónico, intentando disimular su satisfacción.

—O tal vez quiera tenerme ya de vuelta entre su rebaño celestial —murmuró Gregor, intentando corresponder con una risa que se tornó espasmo y tos seca. Alois le alargó un vaso de agua.

—Tranquilo, hermano. Pronto pasará.

Gregor asintió.

—Pronto pasará, sí. Pronto se terminarán mis padecimientos.

Anocheceía por fin. La tarde había ido alargándose entre guiños de gris en un cielo transido de nubes; Alois había esperado a la cabecera de la cama de aquel maldito demonio agustiniano con la secreta esperanza de que el cabrón expirase ante sus ojos. Pero tal vez eso era demasiado pedir y el buen Dios, pese a todo, todavía deseaba que su hijo sufriese algo más de aquel tormento que el veneno que invadía su ser escanciaba cada día, a pequeños bocados, llevándose la salud del sacerdote con infatigable perseverancia. Del alma ya se encargaría Él mismo llegado el momento.

—Mi querido amigo...

Gregor le miraba con expresión de dulce arrobamiento. Alois tardó un instante en apercibirse que con “querido amigo” aquel imbécil se estaba refiriendo a su asesino.

—Dime, mi buen amigo —correspondió Alois.

—Durante mi convalecencia, todos estos meses, he pensado en muchas cosas, en la muerte, por supuesto, en poner en orden mis asuntos, en mis pocos logros, en mis muchas flaquezas. He hecho revisión de mi vida.

—Encomiable.

—Mas a menudo, mis pensamientos se han conducido hacia tu persona, Alois. He pensado mucho en ti.

—¿De verdad?

—Así es. He pensado a menudo en todos los cambios que he visto producirse en ti desde la primera vez que nos vimos,

hace ya muchos años, con ocasión de la muerte del hermano Joachim. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? Aquel día nació nuestra amistad —Alois compuso e impostó una expresión beatífica mientras reflexionaba si todo aquel monólogo absurdo no sería la antesala de una última crisis y un postrer y merecidísimo estertor que ya iba siendo hora que se produjese.

—Sí, así fue, y yo recuerdo a mi vez aquel hombre descreído que eras entonces y en el buen hombre que eres hoy, tan atento, tan preocupado por mi dolor y mi enfermedad. Lo veo en tus ojos.

Alois no podía negar que esta vez el agustiniano no erraba en su análisis, pues en sus ojos podía, en verdad, observarse un profundo interés en la dolencia de su interlocutor y, más concretamente, en que se muriese de una maldita vez.

—Durante estos meses, asimismo, he tenido mucho tiempo para leer —prosiguió el anciano—; lecturas piadosas, si he de serte sincero, pues esas son las mejores, especialmente para un hombre en mi situación, un hombre al que el tiempo no le sobra y lo accesorio pierde su peso. Me pregunto si has leído las Epístolas a los Corintios.

—Recuerdo que son de San Pablo, pero si las leí, en verdad debió ser en mi juventud y ni siquiera puedo asegurarlo. No soy un gran conocedor de la Biblia ni un católico devoto, ya lo sabéis.

Gregor hizo un gesto con la mano como si tratase de apartar toda duda sobre aquel asunto con una palma que se agita y ahuyenta las palabras impías.

—No lo pongáis jamás en duda. Sois mejor cristiano que muchos. Tal vez lo vuestro no sea la ortodoxia, los rezos y todos esos deberes que se le suponen a un creyente..., pero os diré un secreto —el anciano le guiñó un ojo—: la ortodoxia tampoco es lo mío.

Esta vez Alois rio de buena gana, sin imposturas. Si no estuviese maldito, aquel hombre sería su único amigo en la tierra.

—Pero volvamos al asunto de las cartas paulinas a los corintios, querido Alois. San Pablo nos habla en estos escritos de la “vocación”, mas en un sentido algo distinto al que puedas pensar. No estoy hablando de la vocación de un adolescente o de un hombre por consagrarse a una tarea en la vida. Con “vocación” nos ilustra el santo en la forma en que la gracia divina obra sobre nosotros entregándonos un “don”, por así llamarlo, algo a lo que está inclinada nuestra naturaleza y a través del cual serviremos a Dios. Pablo, de hecho, nos exhorta a escuchar la llamada de nuestra vocación verdadera y servir así mejor a Dios.

—No le entiendo, hermano; no sé bien a dónde quiere llegar.

—A ver si consigo explicarme mejor. A mí, la gracia divina, me ha otorgado una vocación, una forma de servir al Altísimo bien evidente a ojos del mundo. Al Emperador, a un carpintero, a un labrador... a cada uno le entrega una forma de servicio que es grata a sus ojos. Si un hombre sabe seguirla encuentra la paz de espíritu. Tú, amigo mío, hace años eras un hombre perdido, algo te perturbaba, te hacía infeliz.

Alois supo que se refería al maleficio. Sin saberlo, sin conocer su desgracia, aquel hombre entregado a Dios había sabido ver su dolor y su desolación. Por un momento se preguntó si sabía, si intuía acaso que lo estaba envenenando desde hacía tiempo para intentar, precisamente, librarse de la pesada carga del embrujo demoníaco de los guisantes y las jodidas unidades hereditarias que condenan a los hombres a ser, no lo que querrían ser o podrían intentar ser, sino la misma mierda que fueron sus padres, sus abuelos, toda su jodida ascendencia. Aquel libro perverso y todos los demás estudios de Gregor Mendel, eran una forma de arrebatar al hombre su voluntad, de empobrecerlo, de hurtarle la poca humanidad que al hombre moderno le quedaba después de que los poderosos le dejaran en los huesos con sus impuestos y sus obligaciones.

—Pero ahora eso ha cambiado, hijo mío. Nunca me explicaste qué te mortificaba ni la causa secreta de tus tormentos personales, o cómo has luchado para combatirlos. Pero está a punto de acabar tu maleficio. Lo siento en mi espíritu ahora que este se aleja. Lo sé.

Alois temblaba. El maldito viejo había descubierto lo de la ponzoña asesina, tal vez ni siquiera estaba ya enfermo y llevaba allí postrado horas, regodeándose en su victoria. Muy pronto se abriría la puerta de la celda y los oficiales de la ley entrarían a prenderlo. Eso era. ¿O no? Alois permaneció en silencio, calibrando cuál debía ser su próximo paso.

—Tenéis razón, hermano. Pronto terminará mi desgracia. Muy pronto, espero —reconoció al fin Alois, con voz temblorosa.

—No te preocupes, conmigo tu secreto está a salvo, sea cual sea —Gregor esbozó una sonrisa cómplice y, de pronto, Alois comprendió que verdaderamente estaba a salvo, que su interlocutor era lo bastante inteligente para desnudar el alma de su asesino y lo bastante obtuso para no dar forma en el mundo real a su descubrimiento. El agustiniano hablaba de abstracciones, de filosofía, nunca de castigo, de culpa, de grilletes. Ahora que el mundo sensitivo se le escapaba, su espíritu adornado solo distinguía sensaciones.

—Gracias, hermano.

—Mira, Alois. Yo sé que a veces has tenido que obrar cosas que escapaban a la moralidad más estricta, a la ortodoxia a la que antes hacíamos referencia; pero también sé que la vocación, que el servicio que la gracia de Dios te impuso no ha sido fácil y que a menudo erraste: mas de tus yerros, a cada paso, renacía un Alois mejor. Ahora intentas ser una versión conspicua y aventajada de ti mismo. Eres el mejor Alois posible.

—Pero a veces me pregunto —le interrumpió Alois, sintiéndose seducido por lo que se le decía, en tanto que proyección, acaso hasta explicación de sus propias obsesiones—: ¿sabrá Dios perdonar las cosas terribles que he hecho para llegar hasta aquí? ¿No me odiará y me castigará en alguna forma el día de mañana o al final de mis días?

—Yerras de nuevo mi buen amigo. Atribuyes a Dios pasiones propias de los hombres. Él no podría odiarte, aunque quisiese. El perdón de Dios es infinito y su comprensión también lo es. Supongo que, si en tu juventud apenas te quedó tiempo para ojear la Biblia, tanto menos para enfrascarte en la lectura de Orígenes y los Padres Apologetas. Dios es amor, Alois. Él te perdonará. Encuentra tu verdadera vocación, la forma de servirle... y todo lo demás no importará.

El hermano Gregor, sin saberlo, le estaba absolviendo por asesinarle. Anonadado, Alois se inclinó hacia su víctima y le

besó la mano con devoción verdadera. Solo entonces reparó que al anciano le fallaban ya las fuerzas y se le cerraban los ojos.

—Mis riñones están hartos de trabajar, Alois, amigo mío. Me están pidiendo un descanso.

Cogido de la mano de su asesino, Gregor sintió que le embargaba el sueño, mientras pensaba en todos los desvelos que se había tomado aquel hombre de Braunau por su salud (ile había venido a ver cinco veces casi consecutivas desde tan lejos!), y pensaba también en que él, Gregor Mendel, había ayudado de alguna forma a sanar el corazón de un buen hombre y un buen cristiano (pese a todo), y recordó por fin aquella vez que Alois se gastó una fortuna en médicos para la señora Majerová, que en gloria esté, cuando esta enfermó de tuberculosis. Era buena cosa haber salvado el alma de aquel cordero descarriado.

Gregor Mendel murió aquella misma semana, luego que una nueva y virulenta crisis de uremia acabara con su vida.

# **TERCERA PARTE**

ENTELEQUIA

*Señor juez, aquellos dos casados  
tan desavenidos que vuesa merced  
concertó, redujo y apaciguó el otro  
día, están esperando a vuesa merced  
con una gran fiesta en su casa; y por  
nosotros le envían a suplicar sea  
servido de hallarse en ella y honrarlos.*

*(Miguel de Cervantes, El Juez de los divorcios)*

## 17.

Para celebrar el fin del maleficio, del cura jardinero y de sus jodidas “unidades hereditarias”, Alois se encerró en su sala de lectura acompañado de sus buenos amigos Thomas H., Joseph G., y Piotr K., aparte de dieciséis litros de sabrosa cerveza bávara.

Esta vez, incluso el bueno de Piotr se unió a la fiesta y, luego de vaciar varias jarras, se le pudo ver gritando:

—¡Muerte a los guisantes! ¡Muerte a la ciencia que nos da explicaciones de todo aquello que no queremos entender!

—¡Bien dicho! —chilló Alois, levantando su jarra y brindando por ello.

—Así como los poderosos acaparan el sudor del trabajo de los hombres —añadió Piotr con gesto hosco—, así la ciencia nos entrega verdades absolutas y nos impide imaginar, soñar, inventar sobre nosotros mismos... luchar por ser mejores. Las cosas son así, nos dice la ciencia, y solo así pueden ser. Ah, la ciencia embrutece a las masas tanto como el trabajo al servicio del Estado esclavista y la propiedad privada. ¡Abajo con todos ellos!

—Oh, calla ya, maldito enajenado izquierdista —terció Joseph—. Ese estúpido de Gregor se equivocaba pensando que la locura u otros desórdenes pueden heredarse, al menos no en lo que se refiere al bueno de Alois. Pero muchas cosas que dice, fijaos bien, tienen algo de sentido: en nuestra sangre deben quedar trazos de lo que fueron los que estaban antes que nosotros, para que una raza superior, como la raza blanca, distribuya su grandeza a sus descendientes, uno por uno, a través de esas jodidas unidades hereditarias.

—¡Cállate tú, maldito! —dijo entonces Alois, cogiendo a su enemigo de la pechera—. Tú, que llevas tanto tiempo acosándome con tus palabras, susurrándome al oído todas esas cosas terribles..., tú, que más que ningún otro, me empujaste a dar muerte al bueno de Gregor, ¿te atreves ahora a defender sus locas conjeturas? Te odio, te maldigo... una y mil veces te maldigo porque te odio hasta donde no puedes imaginar.

Pero Joseph se liberó de la presa de Alois y le empujó contra la pared.

—Tace, Lucretia. Ya me diste tu honor, ahora de poco sirve mesarse los cabellos, ¿no es verdad?

Los dos hombres se abalanzaron de nuevo el uno contra el otro. Alois cogió a Joseph del cuello y este le dio un rodillazo en el bajo vientre, dejándole sin respiración.

—¡Haya paz!, ¡haya paz!

Thomas, el último de los invitados, se interpuso entre los dos contendientes. Piotr reía y meneaba la cabeza.

—No vale la pena que discutamos —les susurró Thomas, conciliador—. Sobrevivió el mejor, resistimos y nos convertimos en un ser diferente, en un ser superior. Alois venció y con él todos podemos declararnos vencedores. Estamos en la jornada de nuestra victoria. ¿No podríamos dejar de discutir por una vez?

Finalmente, todos resolvieron aparcar sus diferencias, al menos por aquella noche, y cada uno se bebió sus cuatro litros de alcohol hasta acabar con los dieciséis iniciales, de tal suerte que todos acabaron bien servidos y bailaron abrazados hasta bien entrada la madrugada. Terminada la fiesta, y mientras Alois reptaba escaleras arriba camino de la habitación que compartía con Klara, le vino a la cabeza que, como todos sus amigos eran imaginarios, él debía haberse bebido seguramente los dieciséis litros de cerveza bávara. En la cuenta de las muchas jarras que se había tragado se encontraba cuando comenzó a vomitar copiosamente y, luego de caer sobre su propio detritus, perdió el conocimiento.

Avanzada la tarde del día siguiente, cuando al fin despertó, se encontró a Klara dando saltos de felicidad en lugar de triste por tener un amante borracho que le pegaba casi todos los días. Alois quiso saber la causa del alboroto y de tanta alegría. La dispensa papal había llegado. Podían casarse tan pronto el párroco de Döllersheim les diera día y hora.

Y Alois, pese al terrible dolor de cabeza que atravesaba de un lado a otro su perturbado cráneo, abrazó henchido de emoción a su joven, bella, obediente y solícita esposa. El maleficio que su debilidad convocara y al que Gregor Mendel diera forma, había llegado a su fin. Solo faltaba un pequeño detalle accesorio. Debía deshacer el error cometido ocho años y medio atrás. Pero para eso tendrían que volver al lugar donde comenzó todo.

Y esto nos lleva, irremediablemente, a la Iglesia de la parroquia de Döllersheim, en la que, Alois “pequeño propietario” penetra cogido del brazo de Klara, seguro al fin de que el maleficio se ha roto y podrá rehacer su vida, y tener unos hijos maravillosos y sanos (sin genes recesivos o dominantes) con su dulce esposa. La vida, en adelante, les va a sonreír a ambos como nunca imaginaron.

—¿Cuántos quieres que tengamos? —le ha preguntado a Klara la noche anterior cuando, insomnes, hacían y deshacían, lucubraban sin pausa planes para el día siguiente: el día de su boda.

—Seis.

—¿Seis?

Alois ya tiene dos hijos (Alois y Ángela “pequeño propietario”). Seis, acaso le parezcan muchos.

—Tendremos seis. Las mujeres sabemos de estas cosas. Hasta sé los nombres que tendrán. ¿Quiere que se los diga, tío?

—Claro que sí, mi muñequita. Vamos.

Klara abre la mano izquierda y con el anular de la derecha va recorriendo dedo a dedo mentalmente sus sueños.

—Dos niñas: Ida y Paula.

—Ajá. Muy bien.

—Y cuatro niños: Gustav, Otto, Edmund... Me falta un nombre. Dudo entre muchos. Pienso que, ya que he elegido yo los otros cinco, usted podría pensar el que falta.

Alois se frota las manos y le guiña un ojo, cómplice, mientras pone una cara la mar de seria. Tanto que a Klara casi se le escapa una carcajada.

—Lo haré, mi muñequita. Dame un poco de tiempo. Mañana, antes de la boda, te digo ese nombre.

## 18.

Alois penetró del brazo de Klara en la iglesia de Döllersheim y, de pronto, tuvo la intuición (y más que intuición la absoluta certeza) de que el maleficio se había roto definitivamente y por completo. Un maleficio que duraba ocho años y medio ya; un maleficio que se había fraguado allí mismo, en alguna de las dependencias de aquel vetusto edificio de aquella vetusta ciudad; un maleficio que le había empujado a las negras profundidades de sí mismo y del que al fin podía emerger orgulloso, cogido del brazo de su Klara, avanzando radiante hacia una boda que habían soñado tantas veces llenos de rabia y de desesperación.

—Soy muy feliz, tío.

Alois ríe aprensivo.

—Eso que dices me recuerda a una ocasión pasada, en la que paseábamos aquí mismo, y entonces también nos las prometíamos felices. Pero un maleficio cayó sobre mí, sobre nosotros, y todo se fue al traste.

—¿Un maleficio? —pregunta Klara, mirando a su hombre como de costumbre desde el prisma de la más profunda admiración e incapaz de comprender poca cosa aparte de esa visión deformada y deformadora.

—Sí, pero prefiero no pensar en ello. Hoy será un día perfecto de verdad. Nada podrá impedirlo. Eliminé todos los obstáculos que se interponían en mi camino. Ahora los hados ya no pueden volverme la espalda. Soy un hombre nuevo y mejor; a tu lado el milagro se ha hecho posible.

—Me alegro, tío. Yo también siento que todo nos va a ir de maravilla. Nos lo merecemos. Hemos luchado mucho por llegar a hacer realidad este momento.

Alois asiente, como ensimismado en algún otro asunto.

—Cierto, pequeña; muy cierto.

Ahora avanzan lentamente entre las filas de invitados que, expectantes, se extienden a izquierda y a derecha.

—Ya está, tío. Ya lo conseguimos. Estamos a unos pasos del altar solamente —cuchichea Klara al oído de su hombre.

—Pssst —responde Alois—. Silencio, niña. No tengas prisa. Caminemos en silencio y bien tranquilos. Si algún otro maleficio va a salirnos al paso prefiero que muestre su rostro bien claro, que me diga el porqué de su inquina, de su determinación por destruirme.

Alois contiene la respiración.

Klara contiene la respiración.

Los invitados esperan, entre comentarios, silbidos y elogios. Todo se conduce como en el mejor de los sueños.

Y, por fin... Nada, nada sucede, al menos nada inesperado, y ambos, el novio y la novia se detienen. Lo han conseguido. Alois “pequeño propietario” está delante del párroco, que sonríe, y va del brazo de Klara, que también sonríe.

La vida es hermosa. El maleficio está roto. Pero aún falta ese pequeño detalle. El viejo párroco, sorbiendo ruidosamente por la nariz, se lo recuerda:

—Antes de empezar convendría que me dijese la forma exacta en que quiere que se escriba su apellido. Si hace memoria, convendrá conmigo que hace ocho años no terminó de dejarlo claro y ya sabe que “pequeño propietario” se escribe en alemán de cinco formas distintas cuando menos. De hecho, su padre Johann lo escribía de una mientras su hermano Nepomuk lo hace de otra, y así figura en sus partidas de nacimiento. Aunque de forma provisional utilicé la grafía que venía ya utilizando su tío Nepomuk, que se escribe “Huttler”, en realidad me parece que tal vez usted, si terminase de decidirse, podría dejar este asunto definitivamente zanjado.

Sí, ahora lo recuerda el bueno de Alois. Johann HIEDLER y Nepomuk HUTTLER. Y aun así eran hermanos. Y ambos apellidos significan lo mismo: “pequeño propietario”.

¿Debe elegir entre uno y otro? No. Alois quiere tener un apellido distinto, propio, que le distinga del resto de la familia. Nepomuk está tras él, en una de las primeras filas. Le sonríe orgulloso. Definitivamente no. Alois es un ser fuerte y no un niño débil y asustadizo. No es un inútil ni un cobarde. Tendrá un apellido diferente, único. Está decidido.

Y mirando la lista de posibles grafías para “pequeño propietario”, que le exhibe solícito el párroco, se detiene en la cuarta de ellas y le dice al párroco cómo quiere que se escriba su apellido: Hitler.

¡HITLER!

Y Klara, que ha oído sus palabras, le coge del brazo y le susurra al oído:

—Aún no me has dicho el nombre que nos falta, el del cuarto de nuestros hijos varones.

Alois ya lo ha pensado. Un nombre con fuerza, el nombre de un ser decidido y valiente, un nombre que bien podría ser



el de un Canciller o un Primer Ministro.

—Adolf... Adolf Hitler.

¡Adolf Hitler!, piensa Klara. Un nombre maravilloso. Será el mejor, el preferido de entre sus hijos. La intuición es poderosa. Lo amará más que a ninguno. Y Klara Poelzl confía en sus intuiciones.

¡Adolf Hitler!, piensa Alois Hitler. Un nombre maravilloso. Desde que ha oído cómo él mismo lo pronunciaba ha sabido que ese no será un ciudadano cualquiera, un funcionario de aduanas o un zapatero remendón. A Adolf Hitler el futuro le depara grandes cosas.

Y todo esos de los genes o “unidades hereditarias” no es sino una gigantesca patraña. Ninguno de sus hijos será un deficiente mental, ni un loco, ni un asesino.

Ese Gregor Mendel era un completo imbécil. Un lunático. Sus ideas no llegarán a ninguna parte. Nadie les dará crédito.

¿Qué puede saber de la vida un monje jardinero obsesionado con los guisantes?

## 19.

Algunos años más tarde, una jornada dura y desapacible de Pascua del 1889, las elucubraciones de Alois Hitler parecieron confirmarse. Era el día en que nacía su cuarto hijo con Klara. Estaba asomado a la ventana de la sala de lectura, esperando el aviso del médico y de la comadrona que, desde la habitación contigua, intentaban que una nueva vida alcanzase este mundo. Los tres partos anteriores de Klara habían estado guiados por la mala suerte. Otto Hitler había muerto a los pocos días de forma súbita, de esa forma velada y casi imperceptible en que dejan el mundo algunos bebés. Gustav e Ida Hitler habían nacido sanos, al menos en apariencia, pero la difteria se los había llevado también a las pocas semanas.

¿El maleficio continuaba? ¿Acaso Alois no había hecho todo lo necesario para conjurarlo? No, se respondía a sí mismo; el maleficio ha terminado. Solo son los últimos coletazos de una tempestad. Ahora vendrá la calma y la felicidad absoluta.

Porque Alois estaba convencido de haber obrado con rectitud y que, por lo tanto, los hados terminarían premiando sus buenas acciones con una nueva camada de hijos sanos que le perpetuarían.

En sus otros dos vástagos, Alois junior y Angela, apenas pensaba. Habían nacido de su unión con Fanni, la criada “jodevidas”, y le traían bastante sin cuidado. Los amaba, sí, pero de esa forma distante en que uno ama a los perros de los vecinos. Los veía simpáticos y juguetones a sus siete y seis años recién cumplidos. Alguna vez les sonreía.

En la lejanía, unas nubes preñadas de un negro cenizo descargaban un aguacero sobre la ciudad de Braunau. Alois había estado leyendo a Nietzsche, intentando apaciguar su corazón, al que le repetía sin cesar que todo iba bien, que el nuevo vástago nacería sano, inmune a la maldita difteria, y que sobreviviría a cualquier enfermedad o rastro de maleficio que pendiera sobre su pequeña cabecita. Como intentando darse ánimos, tomó de nuevo “Más allá del bien y del mal” y releó un fragmento. Aquel filósofo iluminado y su defensa de una moral individual por encima de la servidumbre de la masa, le servían a menudo para sosegar su alma. Aquel hombre enseñaba, en escritos como aquel, que los hombres estamos precisamente “por encima del bien y del mal”, que alguien con un carácter fuerte y decidido, como el de Alois, puede reconstruirse a sí mismo lejos de las influencias perniciosas de la sociedad... o de los genes y unidades hereditarias con que le haya infectado su familia.

Al menos, así entendía Alois las palabras del filósofo, acostumbrado como siempre a interpretar las cosas a su modo, como había hecho con los escritos de Gregor Mendel.

—¿Ves, Gregor, idiota? Tus unidades hereditarias son una soberana estupidez. Este hombre —añadió, señalando el libro de Nietzsche y golpeando con sus dedos la portada—, este hombre sabe mucho más que tú del mundo y de la vida.

Caminando de un lado a otro de la habitación, farfullaba, hablando a su amigo muerto, al amigo al que había asesinado con sus propias manos. De la misma forma, dos días atrás, había matado a patadas al perro de la familia (ni siquiera recordaba el nombre del chuchó). De nuevo, en uno de sus raptos de ira. Por eso había comenzado a releer a Nietzsche, porque las ideas de aquel hombre le daban fuerzas para creer que, tanto él como sus descendientes, podrían ser mucho mejores que los genes que poseían, que esas cartas marcadas y negrísimas que les había dado la vida.

—El someterse a las leyes de la moral puede deberse al instinto de la esclavitud, a la vanidad, al egoísmo, a la resignación, al fanatismo o a la irreflexión —leyó a su amigo muerto del libro de Nietzsche—. Puede tratarse de un acto de desesperación, de odio, de sometimiento a la autoridad de un soberano. En sí, someterse no tiene nada de moral.

Aquella era la clave: Alois no se sometía ni se sometería a los dictados de la naturaleza. Por mucho que Gregor los hubiese descubierto, por mucho que en el fondo de su alma supiese que su amigo tenía razón, eso no importaba, porque Alois, como todos los superhombres de Nietzsche, podía elevarse sobre la moral impuesta por la soberana naturaleza y construir su propio futuro.

—Eres un idiota —dijo una voz a su espalda, una voz conocida—. Estás hablando con un hombre al que asesinaste en una habitación vacía. No solo eres un idiota, un imbécil, sino que acaso estés completamente loco.

Alois se volvió y se encaró a Joseph G.

—¿Y tú me echas en cara el que esté hablando con Gregor en una habitación vacía? ¿Tú que solo eres producto de mi mente?

Joseph se echó a reír y reconoció que Alois tenía razón. Al menos en parte. Era verdad que de nuevo estaba hablando solo en una habitación vacía porque no había ningún otro ser humano en ella. Pero, por otro lado, Joseph G. se consideraba a sí mismo mucho más que un producto de la enferma mollera de Alois. Incluso el sobrenombre de “demonio de la mente” pensaba que le quedaba pequeño. Él era mucho más que eso y con el tiempo se lo demostraría.

—Por suerte para ti —añadió—, no tendrás que soportarme, ni a mí ni a mis doctos colegas, por más tiempo.

Joseph G. estaba señalando con la mano al otro lado de la habitación, donde Thomas H. y Piotr K. esperaban cabizbajos, con el sombrero en la mano y el semblante compungido, como el que ha venido a dar el pésame o una mala noticia o, con más exactitud, a despedirse de un viejo amigo.

—¿Os vais? —dijo Alois, incrédulo— ¿Para siempre?

—Sí —reconoció Joseph—. Nuestra misión aquí ha concluido.

—¿Misión?

—Bueno, misión o como quieras llamarla. Todos los seres, sean reales o imaginarios, vienen al mundo para una función y, en lo que a ti concierne, la función se ha terminado. ¡El telón está cayendo, viejo amigo! Así que nos marchamos y nunca más volverás a saber de nosotros.

Alois no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Por fin se libraría de aquellos malditos. Lo sentía un poco por Thomas e incluso también por Piotr, pero definitivamente perder a Joseph de vista era una de las mejores noticias que había oído en mucho tiempo.

Tal vez la mejor noticia de toda su vida.

—No sé si creerte —adujo entonces Alois, dubitativo. No podía ser que tuviera tanta suerte, de que otro de sus sueños se viera cumplido.

—Piensa lo que quieras, imbécil —le espetó Joseph, dándole la espalda y caminando lentamente hacia sus dos compañeros de locura—. A partir de ahora podrás seguir siendo el imbécil cobarde que siempre ha sido, pero en soledad. —Y volviéndose, con una sonrisa en los labios, le guiñó un ojo.

Thomas y Piotr no dijeron nada. Se limitaron a volver a ponerse sus sombreros y dar la espalda a Alois. Durante un parpadeo, los tres demonios de la mente se hallaban el uno junto al otro, delante del sofá Biedermeier, mirando fijamente hacia la pared, como si en ella descansara un óleo magnífico que hubiera que examinar hasta en el menor de sus detalles. Al siguiente pestañeo ya no estaban.

Alois dio un respingo y caminó hacia el sofá, tocando la tela del respaldo y desmontando al cabo los cojines y el asiento, como si esperara que entre sus telas pudiera aparecer alguno de aquellos amigos/enemigos que llevaban a su lado desde su más tierna infancia.

—¿Os habéis ido de verdad? ¿Realmente es para siempre? ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis, maldita sea?

Sigues hablando a una habitación vacía, imbécil, pensó Alois. Porque ahora no era la voz de Joseph G. quien hablaba, era solo su mente, libre por fin... libre por fin de los demonios.

Se abrió la puerta. El doctor, un hombre calvo y orondo de abundante y engominado mostacho, dio un paso adelante en el momento que Alois todavía estaba gritando:

—¿Dónde estáis, maldita sea?

El buen doctor carraspeó mientras decía:

—Tampoco había que ponerse a gritar, señor Hitler. He venido en cuanto me ha sido posible.

Alois se puso pálido.

—No, perdone, Herr Pomme, no le hablaba a usted. —Luego, acaso reflexionando acerca de que la única otra opción era que estuviera hablando solo y lanzando chillidos en una habitación vacía, Alois rectificó—: Bueno, sí hablaba con usted, es que me he puesto nervioso esperando noticias del parto de mi esposa.

El doctor torció el gesto, pero dijo:

—Claro, claro, es comprensible. Bueno, en cualquier caso, creo que no hay lugar para el nerviosismo porque tengo que darle buenas noticias. Su mujer ha dado a luz un hijo varón. Están sanos, con muy buena salud ambos.

—¿Adolf? ¡Mi Adolf por fin ha llegado al mundo! —El padre dichoso dio un salto de alegría— Adolf Hitler, ¿acaso no le parece un nombre magnífico, Herr Pomme?

Al pronunciar el nombre de su hijo, Alois tuvo la misma sensación que en la iglesia de la parroquia de Döllersheim, cuatro años atrás. Aquel nombre tenía una fuerza especial, como si estuviese destinado a grandes cosas, como si los hados hubiesen decidido que su hijo fuese uno de aquellos superhombres de Nietzsche capaz de construir su propia moral, capaz de trascender todas las barreras que impone la sociedad a los débiles.

—Vamos a verlo, por favor —rogó Alois, y abandonó precipitadamente la sala de lectura.

Sin embargo, por el rabillo del ojo, mientras giraba hacia el pasillo, miró por última vez el sofá, donde a menudo se quedaban sus tres demonios de la mente esperándole cuando él se marchaba. Y es que, en muchas ocasiones, durante toda su vida adulta, había podido verlos de esa manera: de reojo, incluso en lugares y habitaciones o momentos de su vida, en los que no los había visto cara a cara. Ellos siempre estaban allí. Pero aquella vez no los vio porque se habían marchado y tuvo el pálpito, el presentimiento, la sensación de que en verdad se habían marchado para siempre.

Y se sintió el hombre más feliz de la tierra. Las teorías de Gregor Mendel una vez más se demostraban falsas. Mientras, su propia percepción de que su alma y sus genes se irían dulcificando al contacto con Klara, quedaban demostradas. Tras unos años de matrimonio, los demonios se largaban con viento fresco (de una maldita vez) y él esperaba que poco a poco sus raptos de ira disminuyeran hasta finalmente desaparecer. Comenzaba una nueva etapa de su existencia que se caracterizaría por una completa paz de espíritu.

Los dioses estaban de su lado. Después de todo, él también, de alguna forma, era un superhombre.

## 20.

El dulce, pequeño y aún inocente Adolf Hitler cerró los ojos. Estaba agotado. Luego de su nacimiento, del estrés y el trauma de abandonar la seguridad del vientre materno por el mundo esquivo de los hombres, la comadrona le había golpeado en el culete para hacerle llorar. Debía comprobar si sus pulmones eran fuertes y su salud suficiente para encarar aquel mundo de finales del siglo XIX donde muchos niños morían en edad infantil, como los tres retoños que le habían precedido: Otto, Gustav e Ida Hitler.

Pero aquellos seres gigantescos que gobernaban el universo en el que Adolf acababa de llegar, no tuvieron bastante con eso. Al momento, el doctor Pomme le auscultó el corazón, midió cada centímetro de su cuerpo buscando imperfecciones o heridas. Luego lo lavaron, lo pesaron, lo llevaron de un lado a otro para, por fin, dejarlo en el regazo de su madre, que lo cubrió de besos. Por un momento, creyó que su odisea de manos que le mecían y le ponían a prueba había concluido. Pero se equivocaba. Un hombre aún más gigantesco que los anteriores lo tomó en sus brazos y lo levantó hasta casi tocar el techo.

—Hijo mío, Adolf —dijo el gigante—. Tú sobrevivirás y llevarás el apellido Hitler con orgullo. Siento en mi corazón que alcanzarás a ser aún más importante que yo mismo y que nadie de nuestra familia. Sé que va a ser así. Estás predestinado por los dioses.

Pero Adolf no entendía lo que aquel gigante de manos sudorosas le vaticinaba y rompió a llorar. Entonces, el gigante se echó a reír y habló al otro hombre que había en la sala, el que había auscultado al pequeño con un instrumento frío que había posado en su corazón:

—Tenía usted razón, doctor. El niño ha nacido con buenos pulmones. Vivirá, sé que vivirá...

Hasta Adolf podía sentir el orgullo mezclado con preocupación de aquel hombre gigantesco. Sus caricias sudorosas, de pronto, ya no le resultaron tan repulsivas, mientras le dejaba de nuevo en el regazo de su madre. Aquel hombre, de alguna forma extraña y retorcida, le amaba. Eso hasta el bebé Adolf podía percibirlo.

Su madre, Klara, le besó en la frente y se desabotonó el camisón para darle de mamar. Adolf engulló el líquido caliente con ansiedad, pero al poco tiempo, se quedó dormido sobre los pechos de su madre. Una muchacha del servicio le cogió dulcemente en brazos y le llevó hasta la cuna. Adolf la miró brevemente entre brumas y luego volvió a cerrar los ojos.

Fue en ese momento cuando comprendió que ya no podía más, que su llegada al mundo de los gigantes le había agotado por completo. Era el momento de descansar. El resto de visitantes de aquella habitación parecieron entenderlo también: el doctor, la sirvienta, la comadrona, el tipo sudoroso... abandonaron la estancia poco después. Solo quedó su madre con él en la habitación. Klara extendió la mano hacia los barrotes de la cuna, que quedaba apenas a un metro hacia la derecha, y la movió para que esta se balancease y el sueño del niño fuese más tranquilo.

—Te amo, Adolf Hitler —dijo ella—. Eres y serás lo más importante en mi vida.

El bebé tampoco entendió esta vez lo que decía la mujer gigante, pero comprendió que ella también le amaba y ello le satisfizo. Sonrió (o más bien hizo una mueca que un día sería sonrisa) e inclinó la cabeza hacia atrás, dispuesto a dormir de una vez por todas. Pero la voz suave y a la vez áspera del nuevo visitante le hizo despertarse:

—Hola, dulce Adolf. Yo también he venido para saludarte y para decirte que eres y serás lo más importante de mi vida. Y que sé que vas a sobrevivir. Y que sé que vas a ser alguien especial, que va llevar el apellido de Hitler hasta donde nadie, nadie en absoluto, puede imaginar. Vengo a decirte lo mismo que te han dicho tu padre y tu madre, pero a la vez vengo a decirte algo distinto.

Joseph G. se inclinó sobre la cuna mientras hacía una carantoña al recién nacido. Este sintió tanta seguridad al oír la voz de aquella presencia que intentó de nuevo sonreír. Pero aún no había aprendido a hacerlo y se limitó a estirar los brazos hacia arriba, tratando de tocar a un ser que no era material. Klara, dominada por el instinto materno, abrió un ojo y vio que su hijo se movía en su cuna. Volvió a estirar la mano y el artilugio se mecía suavemente. Pero Adolf no podía dormirse. No hasta que aquel hombre terminase de hablar.

—Yo nunca te voy a poner normas —añadió entonces Joseph—. Yo nunca te voy a prohibir nada. Es más, yo te voy a enseñar a no respetar las normas y a no prohibirte nada a ti mismo. Voy a ser más que un progenitor, voy a ser tu amigo, tu camarada, tu cómplice, tu excusa si prefieres. Yo voy a ser el demonio que habita en tu mente y te voy a enseñar a ser el personaje extraordinario que estás destinado a ser.

Una vez más, el bebé no entendió las palabras que Joseph le susurraba. Pero el tono rasposo, melifluo, intermitente y el misterio que envolvía a aquel ser, le fascinaron con la misma intensidad que le tendrían fascinado el resto de su vida.

Con la seguridad de tener dos padres que le amaban y un amigo maravilloso que le apoyaría en todos los problemas que le surgieran en aquel mundo de gigantes al que acababa de llegar, un bebé llamado Adolf Hitler cerró por fin y de forma definitiva los ojos aquella noche.

—Dulces sueños, mi dulce demonio aprendiz —le susurró entonces Joseph. El pequeño Hitler suspiró, levantando y luego haciendo descender lentamente su pecho infantil. Estaba precioso con su trajecito de algodón, su fajín de color pastel y sus bordados de seda.

Si no hubiese sido un ser perverso y diabólico, inmune a cualquier forma de ternura, Joseph G. se habría emocionado. Por el contrario, se sintió satisfecho de aquel nuevo huésped donde habitar, de aquella amistad que acababa de nacer.

Era el principio de una historia en común que les haría a ambos inmortales.

---

## SAGA EL JOVEN HITLER

---

La novela que acabas de terminar puede leerse de forma independiente, si bien forma parte de la Saga de **“El Joven Hitler”**, formada por 5 novelas, todas ellas autoconclusivas pero con un mismo hilo conductor para poderlas seguir de forma consecutiva si así se quiere:

- 1-EL PEQUEÑO ADOLF Y LOS DEMONIOS DE LA MENTE  
2-HITLER ADOLESCENTE 1889-1903  
3-HITLER, VAGABUNDO Y SOLDADO EN LA GRAN GUERRA 1904-1918  
4-HITLER Y EL NACIMIENTO DEL PARTIDO NAZI 1918-1938  
5-HITLER 5, LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, AÑO 1939

Casi todos los libros de Cosnava son gratuitos.

Pero el autor debe poner algún libro de pago para  
poder ganarse su sustento y poder seguir creando historias.

Por ello, siempre que puedas y tu economía te lo permita,  
compra un libro del autor.

De esta forma, la rueda sigue girando...

GRACIAS

## **Nota del autor**

### **Licencias literarias**

En el cuarto libro de la saga, HITLER Y EL NACIMIENTO PARTIDO NAZI (1919-1923) encontrareis al finalizar una pequeña nota histórica explicando las licencias de cada novela, el porqué de la aparición de tal o cual personaje, y será resuelta cualquier duda general que podáis tener sobre la saga.

De forma más pormenorizada explico cada licencia la historia de Hitler en el ensayo 100 COSAS QUE NO SABÍAS SOBRE HITLER Y EL TERCER REICH, también disponible en formato digital. Además, el libro incluye una extensa galería fotográfica de Hitler y su entorno desde antes de su nacimiento hasta que cumple 34 años.

Esta saga que ahora estás leyendo, la de EL JOVEN HITLER, sirve de antesala a la historia novelada de la segunda guerra mundial, que también estoy escribiendo, y está protagonizada tanto por Hitler como por un oficial alemán llamado Otto Weillern. Por ello, la familia Weillern aparecerá brevemente durante esta saga previa, para introducir sucesos posteriores en la vida de estos personajes.

Eso sí, hay una cosa que muchos lectores de novela histórica no tienen en cuenta y es fundamental. No importa el detalle sino el fondo de la cuestión. Hace años me leí una novela histórica situada en el antiguo Egipto en que los trajes, las descripciones y los monumentos eran exactos históricamente. Eso sí, había un asesinato y, al final, el asesino oculto entre las sombras era el faraón en persona. Es decir, alguien que era un Dios en vida y que podía señalar a mil personas y asesinarlas solo porque le apetecía y sin dar explicaciones a nadie, montaba un plan retorcido para que no se supiese que había matado a un trabajador cualquiera al que podría haber mandado matar sin más. Este es un ejemplo de muy mala novela histórica, en la que los personajes no se comportan de forma coherente con las costumbres y la época.

Hay muchos lectores de novela histórica, como decía más arriba, que creen que una novela histórica debe ser exacta en vestidos o detalles triviales y luego no les extraña que los personajes se comporten de forma extemporánea, pensando y obrando cosas incompatibles con su época histórica.

En esta saga hay varias licencias históricas, la mayoría causadas por la necesidad de recortar (solo nombrando familiares de Hitler que le visitaron de niño o compañeros de colegio o de la primera guerra mundial, se podrían llenar capítulos enteros). Pero yo he tratado de ser fiel con lo que fue Hitler, con su personalidad e idiosincrasia. Y sobre todo con el hecho de que se ha convertido en El Diablo para nuestra sociedad, en la encarnación del mal absoluto:

O si preferís... en el más grande y perverso de los demonios de la mente.



# TAMBIÉN EN EBOOK

## LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, La novela

- A la venta en ebook, pero además en papel en España y próximamente en Latinoamérica

El Joven Hitler

y

La Segunda Guerra Mundial, la novela

Ambas en edición de lujo:

tapa dura con subrecubierta y guardas con mapas de época

VIVE LA GUERRA MÁS MORTAL DE LA HISTORIA A TRAVÉS DE LOS OJOS DE HITLER Y DE UN JOVEN OFICIAL DE LAS SS

JAVIER COSNAVA, (Hospitalet de Llobregat, 1971) es un escritor y guionista residente en Oviedo

Ha publicado en papel 7 novelas como escritor en editoriales tan prestigiosas como Dolmen o Suma de Letras; 6 novelas gráficas como guionista; 2 ensayos sobre política y marketing editorial; y ha colaborado en 9 antologías de relatos: 7 como escritor y 2 como guionista.

Ha ganado hasta el presente 36 premios literarios, algunos de prestigio como el Ciudad de Palma 2012, el Serra i Moret de la Generalitat de Catalunya o el Haxtur a la mejor novela gráfica publicada en España.

Sigue a Javier Cosnava en facebook o twitter

Twitter: @cosnava

Facebook: Cosnava

ii Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más !!

## RETIRADA PARCIAL DE LA LITERATURA

He de anunciar que por razones personales me retiro parcialmente de la literatura.

Mi hijo de 14 meses tiene una rara enfermedad llamada mastocitosis. Una vez terminados los proyectos que estaban en marcha voy a dedicarme en exclusiva al bebé y no tendré pues horario de trabajo y solo escribiré cuando mi hijo duerma o en ratos libres. Lo que implica por fuerza que durante unos años mis libros publicados serán menos de lo habitual.

Ello no retrasará la finalización ni de los libros de “España, la novela” ni de “La Segunda Guerra Mundial”, que seguirán su camino en las fechas estimadas, aunque con ayuda de terceras personas.

Esperando su comprensión, me despido.

GRACIAS DE TODO CORAZÓN